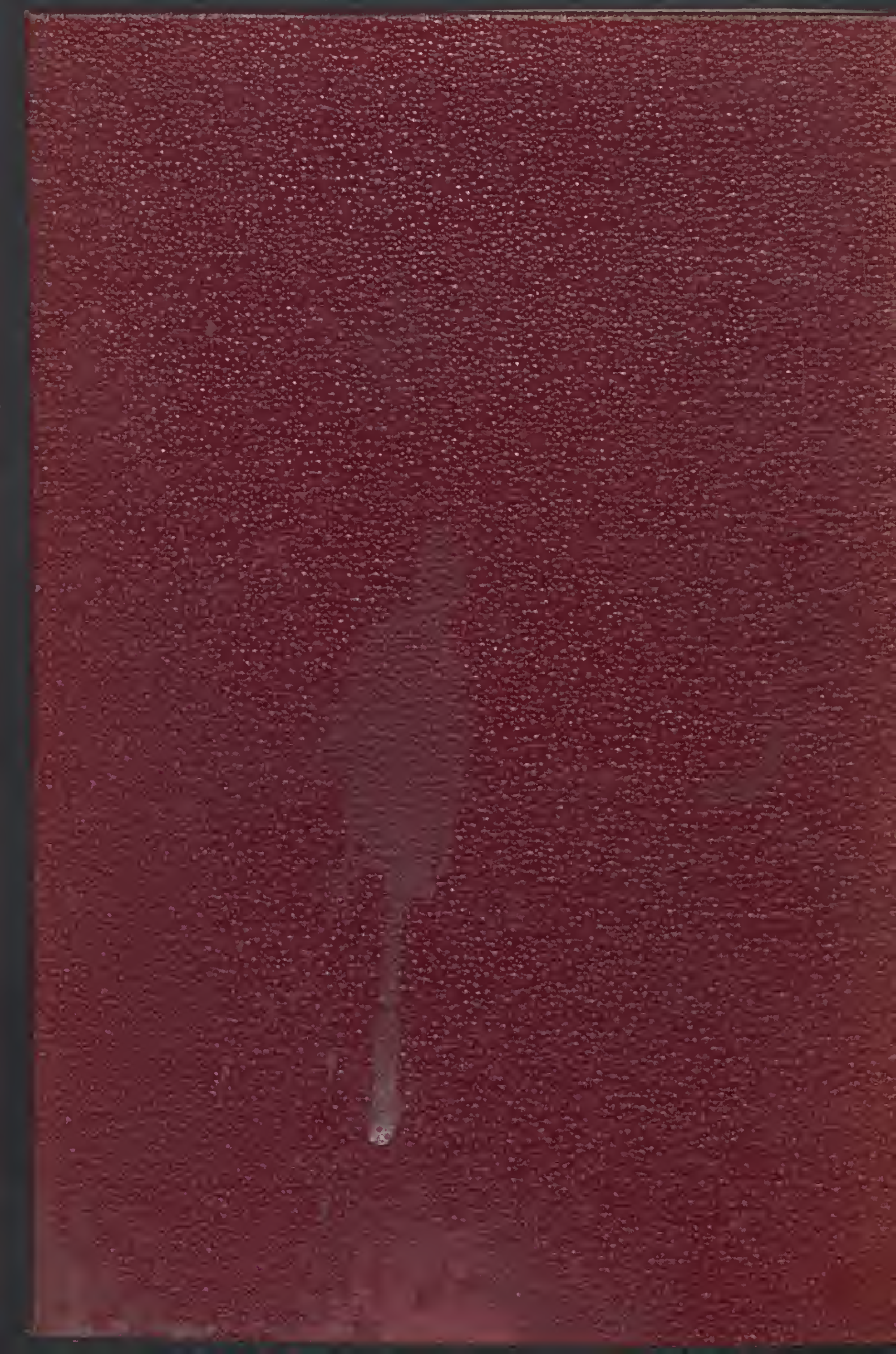
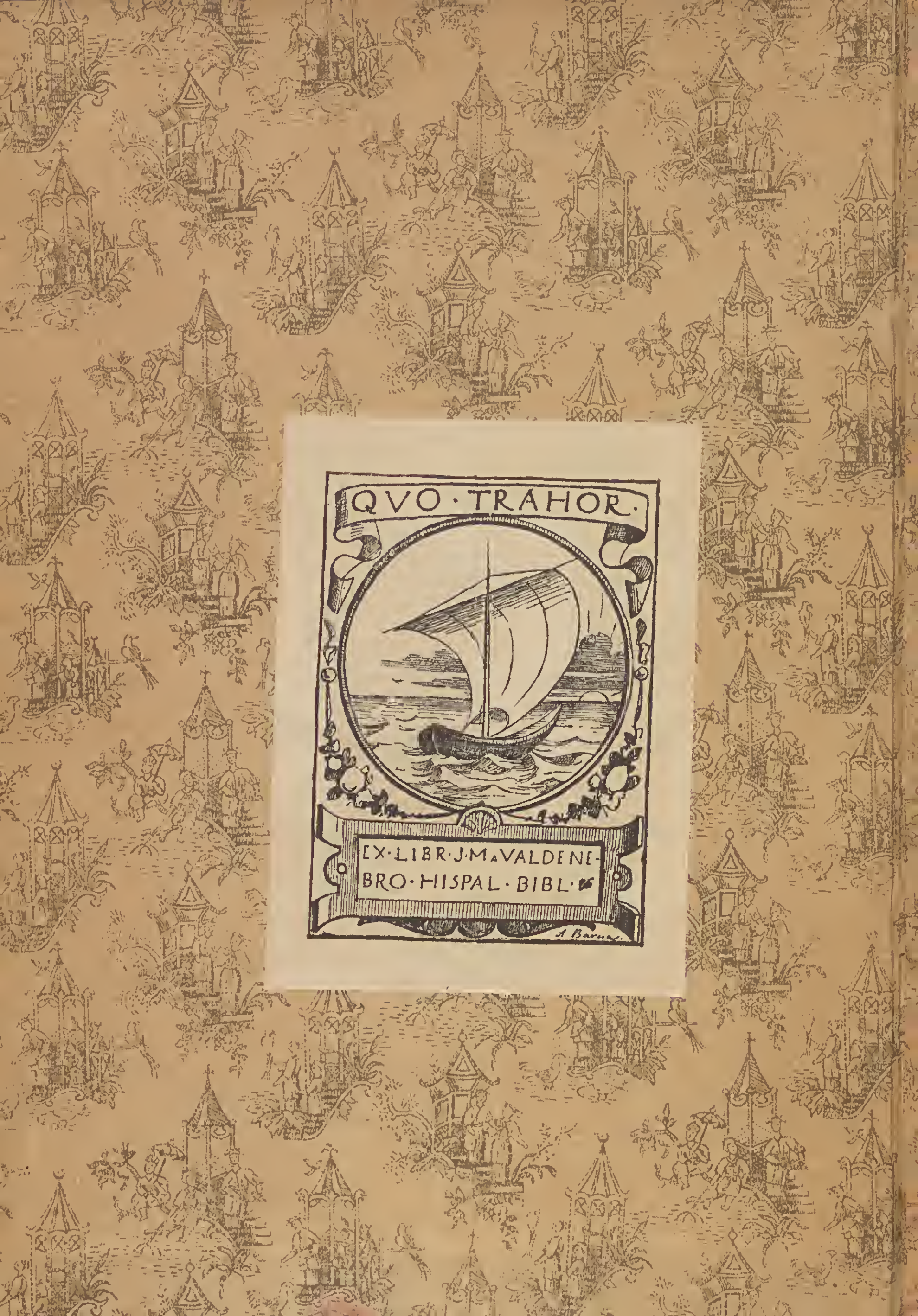
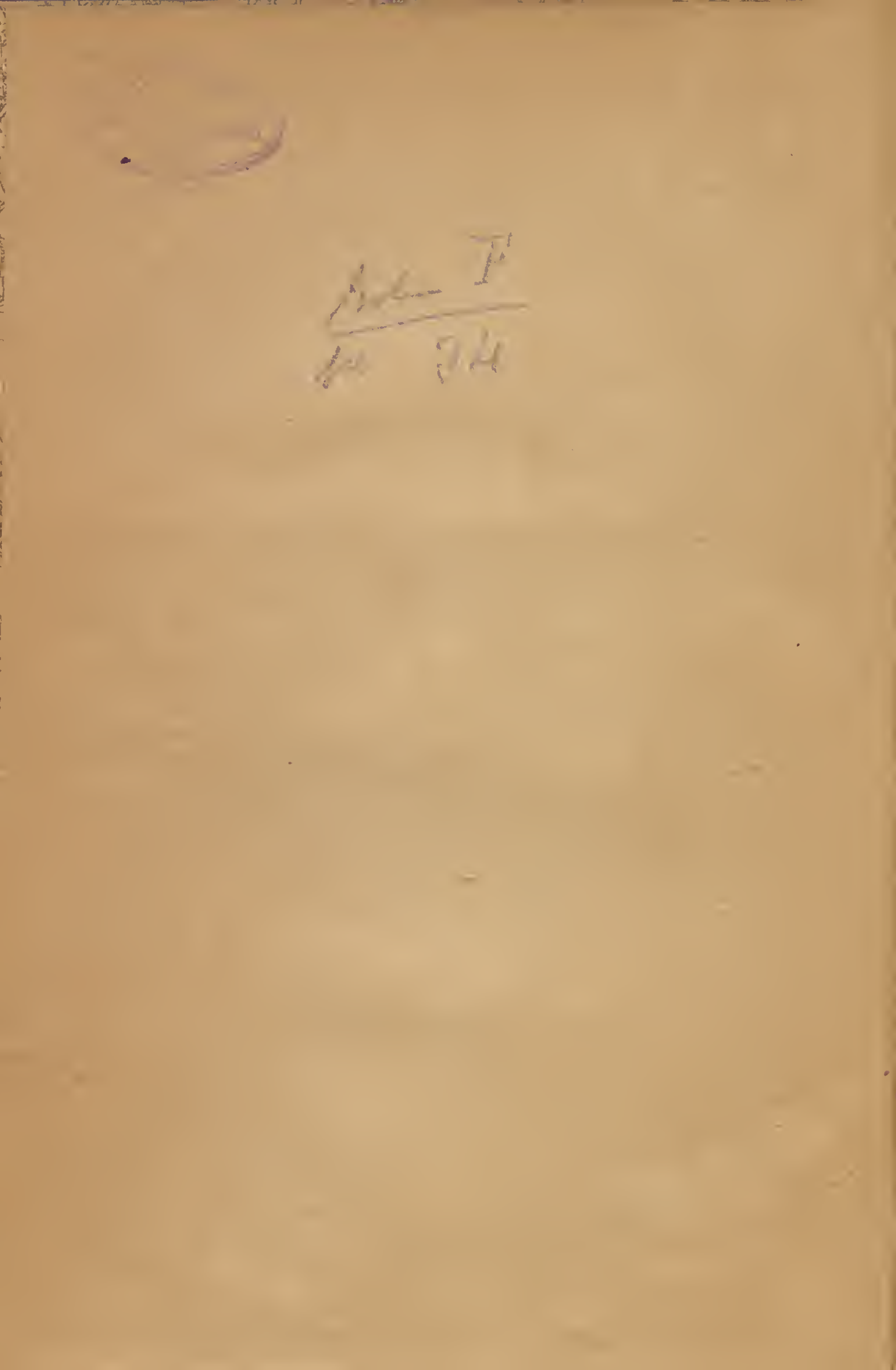



QVO · TRAHOR ·
EX · LIBR · J · M · VALDENE-
BRO · HISPAL · BIBL ·
A Barua








ADMINISTRACION

LÍRICO-DRAMÁTICA.

EL RAMO DE OLIVA.



Se vende en Madrid en la libreria de *Cuesta*, calle de Carretas.




AL SEÑOR CORONEL

DON JOSÉ MARIA DE CISNEROS Y LANUZA,

COMENDADOR DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, CABALLERO DE LAS DE SAN FERNANDO, SAN HERMENEGILDO Y SAN LUIS DE FRANCIA,

dedica esta obra, en testimonio de cariño y respeto,

SU HIJO

El Autor.

Madrid 25 de Abril de 1856.—Puede representarse esta comedia en tres actos, titulada *El ramo de oliva*, de conformidad con lo propuesto por el censor D. Juan Bautista Alonso.—El Gobernador, CARDERO.

PERSONAJES.	ACTORES.
CARLOTA	DOÑA TEODORA LAMADRID.
CÁRMEN	DOÑA MERCEDES BUZON.
RAFAELA	DOÑA JOAQUINA GARCIA.
D. PLÁCIDO	D. JOAQUIN ARJONA.
D. MANUEL	D. JULIAN ROMEA.
D. FERNANDO	D. VICTORINO TAMAYO.
ALFONSO	D. MARIANO FERNANDEZ.

La escena es en una quinta de la sierra de Córdoba, en la primavera del año 185....

El teatro representará una sala con puerta en el fondo, que ha de dar á una galeria con vistas al jardin. Dos puertas á la izquierda del actor, otra á la derecha, y una ventana junto al primer bastidor de este lado. Mueblaje sencillo, pero de buen gusto: á la izquierda del proscenio un confidente y un velador con recado de escribir.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

RAFAELA, limpiando los muebles con un plumero, y cantando.

Á la puerta de casa
soy azucena,
en la fuente, amapola,
lirio á la vuelta.
¡Por mi desdicha,
seré en todos lugares
rosa marchita!

ESCENA II.

DICHA, D. PLÁCIDO, en traje de camino.

PLAC. (En la galeria del fondo.) ¡No sea regañon, que es vicio detestable!

RAF. (¿Otro huésped?)

PLAC. Menos voces y mas cebada á mi jaca, que es un noble animal, salvo que cocea.

RAF. (¡Arre allá!)

PLAC. (Bajando al proscenio.) Buenos dias, muchacha. ¿Dónde está tu señora?

RAF. No se ha levantado todavia.

PLAC. ¡Diantre, cómo duerme! ¿Y tu amo?

RAF. Por esos trigos, cazando alondras.

PLAC. ¡Demontre, cómo madruga!

RAF. (¡Criticon es el viejo!)

PLAC. Conque es decir...

RAF. Es decir que vuelva usted mas tarde. (*Sigue limpiando los muebles.*)

PLAC. Si: eso será mejor. (*Pone el sombrero sobre el velador, toma asiento en el confidente, y empieza á quitarse los guantes.*)

RAF. (¡Por vida de!... ¿Pues no se ha sentado como un patriarca?)

PLAC. (*Enjugándose la frente con un pañuelo.*) ¡Uf!... ¡Estoy sudando!

RAF. Yá pica el sol.

PLAC. No hagas responsable al sol de lo que me ha hecho sudar el mozo de la cuadra. ¡Qué brusco recibimiento!... ¿Y todo por qué, vamos á ver? Porque estaba cuchicheando con una zagaleja cuando llegué al porton, y mi jaca recibió el beso que...

RAF. ¡Já, já!... (*Poniéndose séria.*) ¿Pero qué señas tiene ese mozo?

PLAC. Lo que yo le dije. «Para todo hay tiempo: déjate de requiebros, y tenme el estribo; manda callar á tu corazon, y lleva mi jaca al pesebre.»

RAF. (*Muy impaciente.*) ¿Pero quién era ese mozo?

PLAC. No sé. Uno altote... Muy bruto...

RAF. ¡Ah!... ¡Mi marido!

PLAC. (*Levantándose.*) ¡Caramba! Yo no sabia... Pero tú te equivocas, muchacha. Este era feo...

RAF. Muy feo; si, señor. ¡Mi marido! ¿Conque requebraba á una zagala?

PLAC. ¡No! Á un zagal... Quiero decir...

RAF. ¡Voy á hartarle de desvergüenzas! (*Corre hácia el fondo, y D. Plácido la detiene.*)

PLAC. ¡Aguarda, diablillo!... Me habré equivocado. Tu marido debe estar inocente.

RAF. ¡Miren el zampabollos!...

PLAC. ¡Eh! Apenas atravieso estos umbrales, me envuelven en una querella matrimonial. ¡Á mí, que voy predicando la paz por todo el mundo!

RAF. La paz, si, señor; nada de escándalos. ¡Yo castigaré sin bulla á mi marido!

PLAC. ¡Eso es peor!

RAF. ¡Le he de mortificar hasta verle mas celoso que el gran turco! ¡Ahora me alegro de que esté ahí don Fernando! Parece que anda enamoricado; pero no importa. Yo

me daré trazas...

PLAC. ¿Á ver, á ver? ¿Quién es ese don Fernando?

RAF. ¡Un oficial de tropa, mas guapo y mas completo!...

PLAC. Pero ¿qué hace aqui?

RAF. ¡Toma!... ¿qué sé yo? Don Fernando y mi amo don Manuel siempre han sido uña y carne. Allá en Madrid visitaban juntos á mi señora doña Carlota y á su hermana la señorita Cármen. ¡Daba gozo verlos entrar en casa! Mi señora y don Manuel pronto hicieron rancho aparte; pero don Fernando... ¡Que si quieres! Lo mismo echaba piropos á la una que á la otra hermana.

PLAC. ¿Lo mismo?

RAF. Y tambien ahora.

PLAC. ¿Qué estás diciendo?

RAF. Si, señor: por hacer rabiar á don Manuel. ¡Si el tal don Fernando es la piel del diablo! Y no crea usted que me echaba en saco roto. Nada de eso. Al entrar y salir me decia tales cosas, que se me alegraban las pajarillas!

PLAC. No perdona ripio.

RAF. Despues fué la boda de don Manuel con la señorita Carlota; y nos vinimos todos á la sierra de Córdoba, donde los amos me han hecho emparentar con ese Alfonso de mis pecados. Don Fernando no pudo acompañarnos en nuestro viaje; pero ahora le han dado licencia para pasar una temporada con nosotros, y hará quince dias que se nos entró por las puertas.

PLAC. Pues no hace aqui falta maldita.

RAF. ¡Al contrario! Ha venido como de molde para dar celos á mi marido. ¿Zagalas busca el señor Alfonso? ¡Norabuena!

PLAC. ¿Pero, muchacha, serás capaz?...

RAF. No trato mas que de asustarle. No crea usted que yo... ¡Ave Maria! Pero desde hoy he de mirar á don Fernando de un modo particular. Con que le mire asi... ¿Eh?

PLAC. ¡Aparta, tentadora!

RAF. Usted dispense; le estoy entreteniendo con simplezas que nada le importan. Mi señor tardará en volver de la caceria, y usted no querrá perder el tiempo aguardándole.

PLAC. ¿Por qué no? (Siéntase.) Aqui me quedo hasta su vuelta.

RAF. Entonces dígame usted su nombre para...

PLAC. No es menester. ¡Nada de ceremonias! Don Manuel y yo

somos muy amigos.

RAF. Corriente.

PLAC. (Abriendo un libro.) Anda á tus faenas.

RAF. (Dirigiéndose al fondo.) Voy á disponer el almuerzo.

PLAC. ¡Oye! (Baja Rafaela al proscenio.) Un cubierto mas para mí.

RAF. Está muy bien. (Marchándose.) (¡Ya se convidó el vejete!)

PLAC. ¡Oye! (Rafaela vuelve.) Que vivas en paz con tu marido.

RAF. Allá veremos. (Se retira.)

PLAC. ¡Cuidado!

RAF. (Zagalas, ¿eh?... ¡Le sacaria los ojos!) (Váse por la izquierda.)

ESCENA III.

D. PLÁCIDO.

Preciso es confesar que la conversacion de esta muchacha es muy instructiva. Tiene al dedillo todos los accidentes de la vida doméstica de mi sobrino Manuel. ¡Por cierto que me disgustan mucho los tales accidentes! Ese don Fernando, ese militarcito me dá mala espina. ¿Á qué ha venido? Segun dice la criada, no se ocupa en otra cosa que echar piropos á la cuñada y á la mujer de mi sobrino. (Deja el libro y se levanta.) ¡Sospecho que la mujer de mi sobrino no ha de ser muy de fiar! El galanteador de profesion acompaña siempre á la coqueta de raza. La soga tras el caldero. ¡Ello dirá! Si consentí en la boda de mi sobrino fué por amor á la paz; reservándome el derecho de divorciar á los recien casados, si no aciertan á labrar su mútua ventura. Al efecto escribí á Manuel desde Andújar, anunciándole mi visita; y héme aquí ya, en el campo de operaciones. ¡Ah, Manuel mio! ¡Con cuánto placer voy á estrecharte en mis brazos! ¡Diez años sin verle!... ¡Oh! ¡En este tiempo ha adquirido una brillante reputacion! Diputado influyente y afluente... Jefe de seccion de un ministerio, con usia y con alfombra, y con... ¡Qué gloria para la familia! ¡Ah! ¡Si despues de haber consagrado mi existencia á la paz y la dicha de mis semejantes, consigo dar á mi sobrino la ventura que merece, bajaré satisfecho al sepulcro! Parece que la casa no está ya

en silencio. Por aqui he sentido... (Llega á la ventana.) ¡Buen punto de vista! ¡Qué hermoso jardin!... ¡Ah! Se abre la puerta de aquel pabellon, y asoman sus lindas cabezas dos muchachas como dos soles. Estas deben ser... No hay mas; estas son la mujer y la cuñada de mi Manuel. ¡Eh! ¡Ya saltaron al jardin!... ¡Digo á usted que son preciosas! ¡Ay, pobre rosal, cómo te pelan!... ¡Bueno! Aquella se ha clavado una espina... ¡Con qué gracia se chupa el dedo!... (Retírase bruscamente de la ventana.) ¡Enemigos, enemigos!... No seria malo que yo bajase al jardin para trabar conversacion con ellas sin darme á conocer. Esto conviene á mis planes. Voy allá. (Toma el sombrero, y mira á todos lados.) ¿Por dónde diablos se bajará al jardin? (Se asoma á la puerta del fondo.) ¡Ah! tal vez por aquella escalera... (Váse por la izquierda de la galeria del fondo.)

ESCENA IV.

D. FERNANDO, seguido de ALFONSO: ambos vienen por la derecha del fondo, y el primero trae escopeta y utensilios de caza.

ALF. [1] ¡Eh, don Fernando! ¡Que el amo y las señoritas aguardan á su merced en el jardin!

FERN. (Con mal humor.) Dí que no puedo bajar... Que estoy muy cansado.

ALF. Bueno: diré que tiene su merced una galbana que no le deja enderezar el espinazo.

FERN. (Deteniéndole.) ¡Te romperé el tuyo, si profieres semejante barbaridad! ¡Vete de aqui!

ALF. Ya me largo.

FERN. Pon en mi cuarto la escopeta. (Dásela, y Alfonso se la echa al hombro y se pone en marcha.) ¡Aguarda! Toma estos frascos. (Vuelve á retirarse Alfonso.) ¿Qué quiere decir aguarda? (Le entrega el cinturon y baja al proscenio sin notar que Alfonso le sigue constantemente.) Estoy satisfecho de mi resolucion. No quiero bajar al jardin. Desde hoy hasta el dia de mi marcha, he de evitar todas las ocasiones de encontrarme con esa niña que me trastorna

1 Este papel se ha de recitar figurando la pronunciacion de un campesino andaluz.

el juicio. (Pasea por el proscenio, seguido siempre de Alfonso con la escopeta al hombro.) Nada, nada; es preciso cortar por lo sano. (Pausa.) ¡Que baje al jardin!... Eso quisiera la Carmencita, para que yo la viese con su traje suelto... sus trenzas flojas... sus ojos adormilados... Y allí, entre las flores... Mas hermosa que todas ellas... ¡Oh, sí! ¡Mucho mas hermosa! (Compriméndose.) ¡Vamos, vamos! ¡Qué necia ponderacion! No parece sino que en mi vida he visto mujeres bellas. ¡He visto tantas! (Con tristeza.) ¡Tantas!... (Animándose.) ¡Pero ninguna poseia esa gracia, ese encanto celestial!... (Con despecho.) ¡Ay! ¿De qué me sirve huir de ella, si dentro del alma siempre la veo y siempre la oigo?

CARMEN. (Dentro.) ¡Victoria, victoria! (D. Fernando, que está á la izquierda del proscenio, se vuelve rápidamente con las manos cruzadas.)

FERN. ¡Ah, voz divina! (Se encuentra con Alfonso, que estaba inmóvil á su espalda, presentándole la escopeta.) ¡Bruto!... ¿Cómo no te has ido?

ALF. ¿Qué quiere decir aguarda?

FERN. ¡Quítate de mi vista! (Dá un empellon á Alfonso, y siéntase luego en el confidente.) ¡Yo estoy loco! (Váse Alfonso por la derecha del fondo.)

ESCENA V.

CARLOTA y CÁRMEN, apoyadas en los brazos de D. MANUEL, entran por la derecha del fondo, trayendo ramilletes en las manos, y algunas flores prendidas en la cabeza y en el pecho.

MANUEL. No hay que cantar victoria. Ya os he dicho que hoy no puedo salir de casa.

CARL. Pues te sacaremos á remolque.

CARMEN. ¡Sí, sí! Y tambien don Fernando.

FERN. (Volviendo el rostro.) ¡Ah!

CARL. ¡Hola! Aqui le tenemos.

CARMEN. Buenos dias.

FERN. (Levantándose.) Felices, Carmencita... (¡Qué bella!)

CARL. ¿No ha querido usted pasar al jardin á saludarnos?

FERN. ¿Yo... señora?...

MANUEL. Has hecho bien, porque estas loquillas te hubieran trastornado el juicio. ¡Qué caprichos, y qué!... Particular-

mente la Carmencita.

CARMEN. No lo crea usted, Fernando.

FERN. He subido á esta habitacion, porque la caceria de esta mañana me produjo un fuerte dolor de cabeza.

CARMEN. ¡Ay Dios mio!

FERN. Ya se vá mitigando.

MANUEL. ¡Hombre, nada me dijiste!

CARMEN. ¡Y yo, que le traia á usted una flor!...

FERN. ¡Ah! Démela usted, Carmencita.

CARMEN. (Presentando una flor á D. Fernando.) Tiene tanto aroma...

FERN. (Arrebatándosela.) No importa: ya me siento bien. (Se la coloca en el ojal de la levita.) (Está visto. ¡Soy hombre al agua!)

CARL. Me alegro del alivio.

FERN. Gracias. Pero, Manuel, ¿no me dices cuál era el capricho de estas niñas?

MANUEL. ¡Ah, si! Figúrate que se les ha antojado subir esta tarde al cerrillo, porque quieren... ¡Já! ¡já!

FERN. Dí.

MANUEL. ¡Una niñería! Quieren... que lo diga Carmencita.

CARMEN. ¿Tiene eso algo de particular? Queremos.,. ¡que lo diga mi hermana!

CARL. Pues si, señor, deseamos... ¡Dílo tú, Manuel!

FERN. ¡Ande la rueda!

MANUEL. Quieren remontar una cometa, y mecerse en un columpio.

FERN. ¡Famosos y elevados pensamientos!

MANUEL. ¡Locuras! Ademas les he dicho que esta tarde llegará mi tio don Plácido, y no es cosa de dejarle solo con los criados.

CARMEN. Ocho dias hace que le estamos esperando. ¿Ha de venir precisamente hoy el buen señor?

FERN. Pues si Manuel se obstina en no salir de casa, quédese en buen hora. Yo me ofrezco á acompañar á ustedes en su excursion.

CARMEN. ¡Ay qué bueno! (Pasando á la izquierda de D. Fernando.) Acepto la compañia.

MANUEL. ¿Qué es esto?

FERN. Un pronunciamiento.

MANUEL. ¡Emplearé en sofocarlo hasta el último cartucho. Por de pronto declaro que Carlota se queda conmigo.

CARL. (Colocándose á la derecha de D. Fernando) ¡Yo no abandono

á mi hermana!

CARMEN. ¡Bien, bien!

FERN. ¡Bravísimo!

MANUEL. ¡Ay qué perfidia! ¡Mi mujer se pasa al enemigo!

PLAC. (Dentro.) ¡Eh! ¿por dónde se va al jardin?

CARMEN. ¡Una visita!

CARL. ¡Y nosotras sin vestir!

(Corren las dos hermanas hácia la puerta de la izquierda. D. Plácido se presenta en la del fondo.)

ESCENA VI.

D. MANUEL, D. FERNANDO, CARLOTA, CARMEN, D. PLÁCIDO.

PLAC. ¡Quieto todo el mundo!

MANUEL. ¡Dios mio! ¿si será?...

PLAC. ¡Manuel!

MANUEL. ¡Tio! (Se abrazan con grande alegria.)

FERN. (Á Carlota y Cármen.) ¿El huésped que esperábamos?

CARL. Sin duda.

PLAC. ¡Mentira me parece que te estrecho en mis brazos!

MANUEL. ¡Una ausencia de diez años!

PLAC. Muy aprovechados en la córte. ¡Lo que ha sonado tu nombre en los periódicos!

MANUEL. Unas veces para bien, y otras para mal.

PLAC. ¡Todo es sonar! Ademas, picaruelo, te has casado... ¿Á ver, ¿cuál de estas lindas jóvenes es mi sobrina?

MANUEL. (Tomando la mano á su esposa.) Aqui tiene usted á Carlota.

PLAC. Celebro tu eleccion. ¡La Carlotita es una perla!

CARL. ¡Señor!...

MANUEL. (Presentando á Carmen.) Ya he hablado á usted en mis cartas de mi hermana política...

PLAC. Por cierto que no me has exagerado su hermosura, ni su modestia.

CARMEN. Usted es muy lisonjero, señor don Plácido.

PLAC. ¡Nada de eso! Hago justicia seca. Pero niñas; ¿quereis decirme por qué al oir mi voz emprendisteis la fuga?

CARL. Como no teniamos el gusto de conocer á usted, y estamos en trajes de mañana...

FERN. En verdad que parecian palomas desbandadas al aproximarse!...

PLAC. ¿El milano? ¡já!... ¡já!... (¡El símil es un poco fuerte!) (D. Fernando hace una cortés señal de excusa, y D. Manuel se apresura á presentarlo á su tio.)

MANUEL. Mi excelente amigo, don Fernando Amat, capitan de caballeria.

PLAC. Muy señor mio. (¡La cola matrimonial!)

FERN. Entre las muchas satisfacciones que me proprociona mi residencia en esta quinta, no es la menor la de conocer á usted y ponerme á sus órdenes.

PLAC. Estimando.

MANUEL. Con el refuerzo de mi tio se completa la sociedad, que yo deseaba reunir bajo estos techos. Olvidados del mundo, vamos á pasar aqui los dias mas tranquilos y felices de nuestra vida. Sois mis huéspedes, y al propio tiempo sois mis prisioneros.

CARL. ¡Justamente!

MANUEL. He tomado mis medidas para que ninguno se nos escape.

FERN. Á pesar mio tengo que quebrantar la consigna. El término de mi licencia está espirando...

MANUEL. El ministro te concederá una próroga.

FERN. ¿Le has escrito?

MANUEL. No fué pensamiento mio. Adivina quién me sugirió esta idea. (D. Fernando mira á Carlota y á Cármen. Esta baja los ojos.)

FERN. (¡Ah!)

PLAC. (Tambien yo lo adivino. ¡Su mujer!)

MANUEL. Respecto á mi tio, nada temo. ¡Oh! ¡mi tio me pertenece en cuerpo y alma!

PLAC. Sin embargo, Manuel; yo necesito regresar á Andújar dentro de tres dias.

MANUEL. ¡Negado!

PLAC. Tú sabes que me he constituido pacificador y consejero nato de todas las familias de aquella poblacion. Reconcilio matrimonios, zanjo cuentas, templo alcaldes, aplaco suegras... En fin, intervengo en todo. Escaso fruto dan mis tareas, porque mis convecinos son tan quisquillosos, que tocan á rebato por quítame allá esas pajas. ¡Aquello es un infierno, estando yo presente! ¿Qué será si se prolonga mi ausencia? Ademas he sido nombrado miembro corresponsal del congreso europeo de la paz, y estoy evacuando á toda prisa un luminoso infor-

me sobre la fuerza moral que adquiriria un gobierno mandando clavar todos sus cañones. ¡Ya veis! He tomado á mi cargo la pacificacion de todo el mundo, y la de Andújar: y tengo que posponer mis afecciones al cumplimiento de mis deberes.

FERN. (¡Pobre señor!)

MANUEL. Nada, tio; aqui escribirá usted su memoria, que despues de todo no es urgente. Si al propio tiempo quiere usted asistir con sus consejos á una parte del género humano, aqui estamos nosotros dispuestos á recibirlos. Precisamente necesito yo el auxilio de usted, ahora que el principio de autoridad empieza á ser menospreciado en esta casa.

PLAC. (Demostrando con su asombro que no comprende la broma. ¿Qué me cuentas?

MANUEL. Si, señor. Este amiguito y estas niñas se me han sublevado.

CARMEN. Manuel, ¡eres implacable!

CARL. (Á su hermana.) Déjale decir lo que quiera. ¿No hacemos nosotras lo que se nos antoja?

MANUEL. (Á su tio.) ¿Oye usted?

PLAC. (En voz baja.) ¡Oigo y tiemblo!

MANUEL. En adelante cuento para sofocar las rebeliones con el auxilio de mi tio. ¿No es verdad?

PLAC. (Conmovido.) Si, Manuel, ¡yo velaré por tí!

FERN. (¡Qué tono!...)

MANUEL. Ahora bien: vosotras habeis resuelto marcharos esta tarde al cerrillo con Fernando, y á eso digo...

FERN. ¿Qué?

MANUEL. Digo que me conformo, y que allá iremos todos.

CARMEN. ¡Bien!

CARL. ¡Viva!

FERN. ¡Asi me gusta! (Dá la mano á su amigo.)

PLAC. (¡No tiene pizca de carácter!)

MANUEL. Ahora á vestirnos, mientras nos preparan el almuerzo.) Usted, tio, tiene allí su habitacion. (Señala á la de la derecha.)

PLAC. Ante todo voy á observar una costumbre inviolable. Te has casado; soy tu mas próximo pariente, y debo hacerte un regalo de boda.

MANUEL. ¡Válgame Dios, tio! ¿Qué necesidad habia?...

PLAC. No: no creas que se trata de un rico presente. Tú co-

noces mis escasas facultades. Solo poseo una casucha y cuatro terrones, que son tuyos; porque tú, querido Manuel, eres mi único heredero. En nuestro campo hay una vieja oliva, símbolo de la envidiable paz, que allí disfrutaban tus abuelos. De esa oliva he cortado este humilde ramo, que te ofrezco, en testimonio de los votos que hago por tu felicidad y la de tu esposa. (*Entrega á su sobrino un ramo de oliva, que lleva en el sombrero.*)

MANUEL. ¡Ah, señor! ¡qué rasgo tan digno de un corazon noble!

FERN. (¡El viejo tiene buen fondo!)

MANUEL. Toma, Carlota: ¡sé tú la depositaria de nuestra paz! (*Dá el ramo á su esposa.*)

CARL. ¡Con mil amores! Siempre estará á nuestra vista. (*Lo coloca en un jarron.*)

PLAC. Tambien te doy una joya, que guardaba como oro en paño. (*Saca una miniatura.*) El retrato de mi pobre hermana...

MANUEL. (*Tomando el retrato.*) ¡De mi madre!... (*Besándolo.*) ¡Ah, madre mia!

(*Á la izquierda del proscenio D. Fernando, Carlota y Cármen rodean á D. Manuel, y examinan el retrato, D. Plácido se dirige á la derecha, y se enjuga con disimulo una lágrima.*)

ESCENA VII.

DICHOS, ALFONSO *por la puerta del fondo con unas alforjas en la mano y una maleta bajo el brazo.*

ALF. (*Á D. Placido.*) Señor, le quité á la jaca el aparejo, y aqui subo estos chismes. ¿Dónde quiere su merced que los ponga?

PLAC. En aquella habitacion. (*Puerta de la derecha.*) ¡Oye! ¿Colmaste el pesebre?

ALF. Y limpio lo dejó la bestia en un periquete.

PLAC. (*Deteniendo á Alfonso.*) Ven acá, infeliz. Quiero pagar tus servicios dándote un consejo, que asegure tu tranquilidad doméstica. Ante todo: ¿cómo te llamas?

ALF. Alfonso, para servir á Dios.

PLAC. Pues dime, Alfonso, ¿quieres á tu mujer?

ALF. Mas que á las niñas de mis ojos. Mi Rafaela es tan hermosa, y tan!... Mejorando lo presente.

PLAC. Gracias. Supuesto que la quieres espia sus pasos.

ALF. ¿Por qué?
PLAC. Átala corto.
ALF. ¿Para qué?
PLAC. (¡Será preciso dárselo con cuchara!) Parece que tu mu jer y aquel caballero...
ALF. ¿El señorito Fernando?
PLAC. ¡Pues! Se miran con ojos tiernos desde que se conocieron en Madrid. Él es muy atrevido, ella muy temeraria; y no tendria nada de extraño que te pusiesen en un conflicto.
ALF. (Trémulo.) ¿Quién le ha dicho á su merced?...
PLAC. Rafaela me lo ha confesado.
ALF. (Soltando el equipaje de D. Plácido.) ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Á las tres semanas de casados!...
PLAC. ¡Calla! Todavia tiene remedio.
ALF. Si, señor, que lo tiene. ¡La romperé el bautismo!
PLAC. ¡Prudencia! ¡Ea, sosiégate, vigila á tu mujer, y llévate esas alforjas. (D. Plácido se separa de Alfonso, y se dirige á la izquierda del proscenio.)
ALF. (Marchándose aturdido á la habitacion de D. Plácido.) (¡Á las tres semanas!)
PLAC. (¡Lo he salvado!) (Volviendo el rostro y notando que Alfonso se retira sin el equipaje.) ¡Hombre de Dios! (Carlota, Cármen, D. Fernando y D. Manuel se vuelven tambien hácia la derecha.)
MANUEL. ¿Qué es eso?
PLAC. ¿Te dejas aqui el equipaje?
ALF. (Bajando.) ¡Ah!
FERN. ¡Qué pedazo de alcornoque!
ALF. (Echándose distraido una silla al hombro, y dirigiéndose al cuarto de D. Plácido) (¡Á las tres semanas!) (Todos sueltan la carcajada. Alfonso tira la silla y toma la maleta y las alforjas, que D. Plácido le entrega.)
PLAC. (Ap. á Alfonso.) ¡Mas espíritu!... (Váse Alfonso por la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII.

CARLOTA, CÁRMEN, D. PLÁCIDO, D. MANUEL, D. FERNANDO, despues RAFAELA.

MANUEL. Guardo sobre mi corazon esta querida imágen, y quedo

reconocido á las bondades de usted.

PLAC. ¡No hablemos de eso! Con permiso de estas señoras voy á mi habitacion á quitarme el polvo del camino.

CARL. Usted es muy dueño... Tambien nosotras vamos á ponernos un poco menos fieras. (Con coqueteria.)

MANUEL. Hasta despues, tio. En esta sala nos reuniremos para ir al comedor. (D. Plácido saluda con la mano á todos, y váse por la puerta de la derecha. D. Manuel se dirige al fondo. Carlota se vá por la puerta segunda de la izquierda.)

MANUEL. (Llamando.) ¿Rafaela?

CARMEN. (Á D. Fernando, que está muy pensativo.) Don Fernando, hasta luego.

FERN. ¡Adios, Carmencita! Me habia distraido...

CARMEN. Como siempre. (Váse por la puerta primera de la izquierda.)

RAF. (Por la izquierda del fondo.) ¿Llamaba usted, señorito?

MANUEL. Danos pronto de almorzar.

RAF. Al momento.

MANUEL. Avisa cuando esté todo. (Váse por la puerta segunda de la izquierda.)

ESCENA IX.

D. FERNANDO, RAFAELA.

RAF. (Allí está don Fernando. Daria este dedo meñique porque me echase una sarta de requiebros, á ver si escarmienta el bellaco de mi marido!) (Empieza á arreglar los muebles, cantando á media voz.)

FER. (No hay defensa posible. ¡Esta mujer es mi vida! ¡Clavada está su imágen en el horizonte de mis deseos! (Pausa.) Pero es el caso que aun no la he declarado mi amor... ¡Me inspira Cármen tal respeto!... Tiemblo como un azogado en su presencia... ¡Ah, no me conozco! Yo, que en los salones de la córte sabia fingir en un cuarto de hora tres pasiones frenéticas... ¡Eh! ¡Qué absurda comparacion!)

RAF. (No me ha visto. Haré mas ruido.) (Sigue canturreando y moviendo los muebles.)

FERN. (¡Fuerte cosa es que no me atreva á despegar los labios! Tampoco he revelado mi pensamiento á Manuel, ni á Carlota... Bien lo adivinan: eso si! Pero todos callamos como difuntos.)

RAF. (¡Nada!...)

FERN. (Hace tres dias que escribí á Cármen este billete. (*Lo saca.*) Varias veces he intentado dejarlo caer sobre su falda... ¡Parece que siempre se me queda pegado á la mano!)

RAF. (Será preciso que yo...) Buenos dias, señorito Fernando. No habia visto á usted.

FERN. Ni yo á tí. Buenos dias. (Tendré que buscar un mensajero... ¡Ah, qué idea! Si me valiese de esta muchacha...)

RAF. (¡Jesus, qué hombre!)

FERN. (Si, si: es lo mejor.) Escucha, Rafaela.

RAF. (¡Por fin!...) Mándeme usted, señorito Fernando.

FERN. Tú, chica, aunque te has casado, seguirás...

RAF. Siendo la misma. ¡Ya se vé! No vaya usted á tratarme con cumplimiento, ni... ¡Nada! Como en Madrid.

FERN. ¡No es eso! Digo que seguirás disfrutando la confianza de tus señoras...

RAF. Ciertamente.

FERN. Y en particular la de la señorita Cármen, que tanto te distinguia en la córte.

RAF. ¡Cómo se acuerda usted de aquellos tiempos! Tampoco á mí se me han olvidado. ¡Siempre que me veia usted, me echaba unos ojazos, y me decia unas cosas tan alegres!...

FERN. Ya veo que no eres flaca...

RAF. Pues mire usted, la vida que traigo no es para hacer carnes...

FERN. ¡Eh! Flaca de memoria digo.

RAF. ¡Ya!... Creí que usted habia reparado...

FERN. Déjate de simplezas. Ahora se trata de...

RAF. ¡Vaya, si parece usted otro!

FERN. (¡Dále!...)

RAF. Tan sério, tan distraido siempre... ¡Con pinzas hay que sacarle las palabras!

FERN. (Esta pide floreo. Transijamos.) Te engañas, Rafaelita; yo siempre estoy dispuesto á proclamarte emperatriz del salero.

RAF. ¡Calle usted!

FERN. ¡Porque tienes la cintura mas graciosa!...

RAF. ¡Qué locura!

FERN. ¡Y el pié mas lindo!...

RAF. ¡Vaya, vaya, don Fernando! ¿Volvemos á las andadas?

FERN. (En tono sério.) No, hija mia; tranquilízate. El encargo, que voy á darte, te convencerá de lo contrario. Dime: ¿conserva tu señorita Cármen aquel costurero de palo de rosa que tenia en Madrid?

RAF. ¡Qué malo es usted!

FERN. ¿Yo?

RAF. ¡Qué malo!... ¡Cómo se acuerda de aquella vez que llevaba yo las manos ocupadas con el dichoso costurero, y al pasar usted junto á mí, me cogió un pellizco en este brazo!

FERN. ¡Quiá!

RAF. ¡Si, señor, en este brazo! En el izquierdo fué otro dia.

FERN. ¡Eh! ¡No digas sandeces! Te hablo del costurero, porque deseo saber si te seria fácil introducir un papel en ese mueble, sin que te viera tu ama.

RAF. Si, si: busque usted ahora disculpas. Dore usted la píldora. ¡Como si yo no le conociese!

FERN. (¡Dále!...) Ven acá.

RAF. ¡No me fio!

FERN. Oye, mujer: toma esta... (Vá á entregarle la carta, y Rafaela guarda atrás las manos.)

RAF. ¡Digo! ¡En poco ha estado que me coja usted las manos!

FERN. (¡Miren que antojo!... Y si no la abrazo, no lleva la carta. No es un sacrificio.. ¡Al contrario!) Ven acá, temeraria criatura! Voy á confiarte un billete... (Echa á Rafaela un brazo por la espalda.)

RAF. ¿Lo negará usted ahora?

ESCENA X.

DICHOS, ALFONSO por la puerta de la derecha.

ALF. ¡Á las tres semanas!

FERN. (Retirándose hácia la izquierda.) (¡Por vida de!...)

RAF. (¡Toma zagalas!)

ALF. (Bajando furioso al proscenio.) ¡Señor don Fernando!...

FERN. (Volviéndose con los brazos cruzados.) ¿Qué hay?

ALF. (Quitándose el sombrero, y cogiendo de una mano á su mujer.) Con permiso de usted, señor don Fernando. (Se encoge de hombros D. Fernando, y empieza á leer para sí la carta, vuelto

de espaldas á Alfonso. Este sube con Rafaela hasta el fondo.) Señora Rafaela, decia mi padre, que esté en gloria, que cada oveja con su pareja, y la mujer honrada la pierna quebrada, y el loco por la pena es cuerdo, y al que no aprende con sermones se le enseña á mojicones; y abur, que en la cuadra me echan de menos. (Quiere marcharse y le sujeta Rafaela.)

RAF. Señor Alfonso, mi madre, que Dios haya, decia que donde las dan las toman, y el que mucho abarca poco aprieta, y no la hagas y no la temas, y el que á hierro mata á hierro muere; y abur, que hago falta en la cocina.

ALF. (Al irse por la derecha del fondo.) (¡Buen pelucon te he echado!)

RAF. (Yéndose por la izquierda del fondo.) (¡Buena banderilla llevas!)

ESCENA XI.

D. FERNANDO, despues CARLOTA.

FERN. La carta está bien, pero la Rafaela no ha podido estar peor. ¡Qué importuna!... ¡Sobre todo su marido! (Al ver á Carlota, que sale por la puerta segunda de la izquierda, dobla y guarda precipitadamente la carta.) ¡Ah!

CARL. Siento distraer á usted de sus ocupaciones.

FERN. No, Carlotita, nada hacia.

CARL. Le he visto á usted guardar un papel con tal precipitacion...

FERN. ¿Yo?... ¡Ah, si!... Una apuntacion insignificante.

CARL. Lo mismo que ayer. Mientras que Cármen y yo bordábamos en la galeria, usted paseaba alrededor de nuestros bastidores, sin soltar de la mano otra apuntacion... Acaso esa misma.

FERN. (¡Diantre!...)

CARL. Tambien la guardó usted de improviso...

FERN. Maquinalmente.

CARL. Venga usted acá, don Fernando, y tome asiento junto á mí, que tenemos que hablar de cosas formales. (Siéntanse ambos.)

FERN. Empiece usted, Carlota.

CARL. Á usted tocaba empezar, amigo mio; pero en vista de

que deja pasar dias y mas dias sin hacerlo, daré yo principio á nuestra plática, regañándole por la conducta que observa con Manuel y conmigo.

FERN. ¡Señora!...

CARL. Si. ¿Tanto desmerecemos ya para usted, que nos juzga indignos de su confianza?

FERN. Crea usted... Carlota... que yo no guardo secreto alguno.

CARL. Lealtad, señor don Fernando. Si usted deja de usarla no podremos continuar.

FERN. ¡Yo ofrezco á usted!...

CARL. Quien le ha visto en Madrid tan dado á las fiestas cortesanas, tan alegre y aturdido; quien le ha visto llegar á esta quinta con el buen humor de costumbre, alborotado como siempre; y le vé ahora triste y pensativo, respondiendo á nuestras bromas con forzada sonrisa, buscando por esas cañadas el hospedaje de la soledad... Quien observa esta mudanza, ¿qué debe presumir? ¡Diga usted!

FERN. No lo puedo negar, Carlota... ¡Un afecto irresistible se ha apoderado de mi alma! Sé que usted y mi amigo lo han adivinado... Yo no queria decirles nada, porque intentaba dominar mi pasion y huir de estos lugares.

CARL. ¡Don Fernando!...

FERN. ¡Fué un loco pensamiento! ¡Ya estoy vencido, subyugado!

CARL. (Con alegria.) ¡Ah!

FERN. Espero que esta confianza me vuelva á la gracia de mis amigos.

CARL. Todavia no. ¿Qué obstáculo impide á usted pronunciar el nombre de la persona que le ha inspirado tan dulce afecto?

FERN. Pues bien: Cármen...

CARL. (Tomándole una mano.) Asi le quiero á usted, Fernando!

FERN. Cármen es la mujer que adoro. ¡Ah! ¡Siento un gozo infinito al declararlo! ¡Usted, Carlota, me alivia de un peso que tenia sobre mi corazon! Este repentino amor le habrá causado á usted sorpresa... Mayor fué la mia al sentir que me abrasaba el alma! En Madrid he tratado á Cármen por espacio de algunos meses, sin que sus atractivos me inspirasen mas que una dulce simpatia. ¡Oh! en Madrid ahogaba yo todos mis afectos en el pro-

celoso mar de mi vida. En el campo, á medida que he visto ensancharse los horizontes, ha disfrutado mi alma un apacible recogimiento. Aqui todo me lleva á la meditacion. ¡Todo me convida á amar! Tambien es cierto que no era Cármen en la córte sino una pálida flor arrancada de su tallo y marchita. Aqui es la rosa silvestre que vive entre los halagos del aire, del sol y del rocio! Al mismo tiempo el espectáculo de dos jóvenes esposos, que han hecho de esta sierra el paraiso de su amor, me ha causado una sensacion profunda. La felicidad es contagiosa, como la desdicha; y yo, Carlota, he sucumbido á este venturoso contagio.

CARL. Siempre le tuve á usted por hombre de corazon, y ahora veo confirmado mi juicio. ¡Cuánto siento que no le haya oido mi hermana!

FERN. ¡Todavia he de pasar por esa terrible prueba!

ESCENA XII.

DICHOS, D. PLÁCIDO, por la puerta de la derecha.

PLAC. (Deteniéndose al ver á D. Fernando y Carlota.) (¡Juntitos ¿Eh?...)

CARL. ¿Pero qué teme usted?

FERN. Temo que mi amor no encuentre correspondencia.

PLAC. (¡Qué oigo!)

CARL. ¡Desconfiado! La que inspiró á Manuel la idea de pedir al ministro una próroga para usted, ¿á qué sentimiento habrá obedecido?

PLAC. (¡Me lo figuré!)

FERN. Tiene usted razon. Sin embargo, yo no sabia cómo explicarme, y he trazado algunas líneas en este papel, que usted ha sorprendido en mis manos. (Saca el billete.)

PLAC. (¿Un papel?... ¡Decimitas tenemos!)

CARL. Démele usted, que ha de servirnos para introduccion de la escena, que preparo.

FERN. ¡Cuántas bondades! Carlota, usted es mi ángel tutelar.

PLAC. (¡Yo no puedo consentir!...) (Tose.)

CARL. Alguien se acerca. (Guarda el billete.)

FERN. (Levantándose y ofreciendo á D. Plácido su sitio.) Siéntese usted aqui, señor don Plácido.

PLAC. Gracias.
CARL. ¿Estaba á gusto de usted el cuarto?
PLAC. Si.
CARL. Me agrada que se haya puesto usted mas fresco.
PLAC. (¡No tienes tú mala frescura!)
CARL. Pronto iremos al comedor. Faltan Manuel y Cármen.

ESCENA XIII.

DICHOS, CÁRMEN, por la puerta primera de la izquierda.

CARMEN. Te equivocas, hermana. Solo falta Manuel.
PLAC. Quizás esté muy tranquilo en el jardin.
CARMEN. (Corriendo á la ventana de la derecha.) Veamos. (Mira hácia afuera.) No, pues no le diviso. (Á D. Fernando, que ha dado algunos pasos hácia la ventana.) ¿Le vé usted?
FERN. Estoy deslumbrado. (Cármen se sonrie y baja los ojos.)
PLAC. (Voy á remachar el clavo de mis sospechas.) (Se acerca á D. Fernando, y le habla al oido mirando á Carlota.) ¡Qué hermosa es!
FERN. (Sin dejar de mirar á Cármen.) ¡Divina!
PLAC. (¡No he visto mayor descaro!)
CARL. (Levantándose.) Iremos acercándonos á la mesa. Me parece lo mas acertado. ¿Cármen? ¿Señores? (D. Fernando, Carlota y Cármen pasan á la galeria del fondo. D. Plácido permanece meditabundo en el proscenio.)
PLAC. (La enfermedad está en su período álgido. No importa. Me encargo del paciente.) ¿Señor don Fernando? (Vuelve D. Fernando, y le coge de la mano D. Plácido trayéndole al proscenio.)
FERN. Mándeme usted.
PLAC. (Con mucho misterio.) Sé lo que pasa.
FERN. ¿Y qué pasa?
PLAC. Que ama usted á Cár...
FERN. ¡Chis! ¡Todavia no conviene!... (Mira con recelo á su alrededor.)
PLAC. (¡Lo confiesa!) Espero, señor don Fernando, que esto tenga un término...
FERN. Si, señor; pronto lograré mis deseos... Pronto será mia para siempre! Cuento con la discrecion de usted. (Estrecha una mano á D. Plácido, y se encamina á la galeria. Vánse Carlota, Cármen y D. Fernando por la izquierda del fondo.)

ESCENA XIV.

D. PLÁCIDO, despues D. MANUEL.

PLAC. ¡Suya!... ¡Suya para siempre!... ¿Qué intentará este hombre? ¿Robarla?... ¡Un capitan!... ¡Eso no lo ejecuta hoy sino un cadete! ¿Dar muerte á?... ¡Qué horror! ¡No lo creo, no lo imagino siquiera! (Pausa.) ¿Y quién sabe?... ¡No seria el primero!... Estaré á la mira. Todo celo es poco tratándose del honor y la vida de un sobrino. ¡Ay, si yo no hubiera venido á esta casa!... (Pausa.) Y dado que la pasion arrastre á don Fernando á cometer un crímen de esta especie, ¿qué instrumento habrá escogido para consumarlo? (Medita.)

MANUEL. (Presentándose en la puerta segunda de la izquierda.) ¿Hola, me aguardaba usted?

PLAC. Un veneno...

MANUEL. ¿Cómo?

PLAC. Un dogal...

MANUEL. (¿Qué dice? ¡Ah! estará meditando su informe para el congreso de la paz.)

PLAC. Tal vez un áspid...

MANUEL. (Cogiendo á su tio del brazo.) ¿Qué áspid, ni qué ocho cuartos!...

PLAC. ¡Sobrino de mi corazon!

MANUEL. (Tirando de D. Plácido.) Para todo hay tiempo. Ahora, tio, vamos á almorzar.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

D. MANUEL y D. PLÁCIDO, sentados en el confidente. El primero estará fumando.

MANUEL. ¿Pero adónde vá usted á parar con tantos circunloquios?

PLAC. Voy á combatir el sistema de vida que has adoptado. Un jóven de tus prendas no ha debido abandonar los escaños del Congreso, ni la chimenea de la secretaria, para sepultarse en estos vericuetos, sin otro fin que el de pasar las horas muertas contemplando á su mujer.

MANUEL. ¡Tio!...

PLAC. Muy bueno y muy santo que la quieras, que la mimes, que la... Pero, señor; las cosas en su punto. Tú no sabes el daño que te ocasionas viviendo solo para tu mujer y cifrando en ella todas tus esperanzas. Figúrate que... Porque nadie está libre de un tabardillo. Figúrate que Carlota se muriera.

MANUEL. ¡Moriria yo tambien!

PLAC. ¿Lo estás viendo? Sin querer me das la razon. Apuesto á que en Madrid tu sentimiento no pasaria del novenario. ¡Claro está! Como que allí harias una vida de príncipe.

MANUEL. Detesto esa vida que usted pone por las nubes: la detesto con todo mi corazon! No lo puedo remediar.

PLAC. ¡Pues es menester que lo remedies! Tu felicidad depende de esta resolucion. Cree lo que te digo; y mira

que vale mas creerlo que averiguarlo. Despacha á tu amigote para su regimiento, embanasta en la diligencia á tu familia, y á Madrid en cuatro tumbos! Hazlo asi, Manolito, que no te pesará.

MANUEL. (Levantándose.) ¡Imposible, tio!

PLAC. (Levantándose tambien.) ¿Por qué? ¡Veamos!

MANUEL. Se lo diré á usted en pocas palabras. Hace nueve años que me engolfé en la política con el alma henchida de ilusiones. Aliento me dió el honor; armas la justicia, bandera el amor patrio; y juzgándome invencible, pugné por abrirme paso entre las viles facciones, que se disputan los restos de España. ¡Vanos propósitos! ¡Improba tarea! No quiero referir mis desastres, ¡cuéntelos usted y mídalos por las desventuras del pais! Muerta mi fé política, volví la espalda al teatro de los partidos, y busqué otra sociedad mas análoga á mis sentimientos. Entonces Fernando, amigo mio de la infancia, me relacionó con un militar anciano, que tenia dos hijas bellas y candorosas. Retiradas del mundo, cuidaban solo de prolongar la existencia de su padre, y este premiaba con bendiciones la piedad de aquellos ángeles. Confieso á usted que, despues de haber presenciado tantas escenas de ódio, ante el cuadro de aquella amorosa familia resucitó en mi pecho la esperanza! Murió al cabo el pobre viejo, y tendí mis brazos á las huérfanas, que se refugiaron en ellos, dándome Cármen el nombre de segundo padre, y Carlota el de esposo. Me apresuré á sacar de la córte mi tesoro, escondiéndolo en esta frondosa sierra, donde radican todos los bienes que heredé de mi madre. Cada dia estoy mas satisfecho de mi resolucion; y creeria ofender á la Providencia buscándolo en otro paraje la felicidad, que solo aqui poseo. No se canse usted en despertar la ambicion del hombre político, porque ya no soy mas que un honrado labrador. Dí un adios eterno á las intrigas cortesanas. Ahora cultivo la tierra, acopio sus frutos. ¡Amo y soy amado! ¿Qué mayor gloria?

PLAC. No te replico. El tiempo, que es maestro de verdades, destruirá la obcecacion. Veremos en qué para ese amor tan fino.

MANUEL. ¡El mio es indestructible!

PLAC. ¿Y si llega á faltarte el de Carlota?

MANUEL. ¿Si llega á faltarme?... ¡Oh!... Toque usted mis manos. Me ha helado la sangre esa suposicion, esa quimera. ¡No! ¡Carlota me amará toda su vida! Hablemos de otra cosa.

PLAC. Siento haberte dado un mal rato: no era esa mi intencion.

MANUEL. Asi lo creo. En el cariño que usted me profesa encuentro el orígen de sus absurdos temores. Doblemos la hoja.

PLAC. Ya está doblada.

MANUEL. Voy á examinar el plantio de la huerta, y á distribuir unos cigarros entre mis jornaleros. Me acompaña usted?

PLAC. No: hace mucho calor.

MANUEL. Pronto estaré de vuelta.

PLAC. Adios, Manuel.

MANUEL. Adios, tio. (Váse por la derecha del fondo.)

ESCENA II.

D. PLÁCIDO.

¡Anda bendito de Dios!... ¡Cabeza mas dura que la de este muchacho!... ¡Por mas que le golpeo no dá lumbre! «Vete de aqui, despide á don Fernando, desconfia del cariño de tu mujer...» ¡Nada! ¡Como si se lo dijera á un poste! Y me iba poniendo un gestillo de vinagre... ¡Señor, si no pueden hacerse obras de caridad! (Pausa.) Otro, en mi caso, se encogeria de hombros. Tú te metiste fraile mosten... ¡Eh! ¡Yo no puedo hacer la vista gorda! Se trata de la felicidad de mi sobrino, y debo permanecer firme en la brecha. ¡Su felicidad!... ¿Y su vida? ¿Pues qué, olvido las palabras de aquel tigre? Pronto será mia para siempre.» ¡Qué horror!... Nada, es preciso que Manuel lo sepa. ¿Pero cómo decírselo! Él no comprende mis indirectas, y yo no me atrevo á explicarme con claridad porque veo que idolatra en su mujer, y si le cuento el caso me estrangula! Es fuerte apuro... ¡Ah, qué idea! Le daré la voz de alerta por medio de una carta anónima. ¡Si, si! No me queda otro recurso. De este modo germinará en su corazon una saludable sospecha. ¡Manos á la obra! (Se sienta junto al velador y escribe.) «Caballero...» Estilo y letra de anónimo.

«Tiene usted en su casa un amigo infiel, y una esposa... débil.» Callaré los nombres. «Aténgase usted al aviso que le dá...» Ahora al pie de la carta. «Un filántropo.» (Empieza á doblar el papel.) ¡Perfectamente! ¡Ah, caramba, que se me ha olvidado anunciarle que está expuesto á morir envenenado. (Abriendo la carta reposadamente.) Bien que todavia se lo puedo decir en postdata. ¡Pero no! El conato de envenenamiento no resulta tan probado como el de infidelidad, y mi conciencia me prohibe acusar al prójimo por simples conjeturas. «Señor don...» (Rotula la carta cerrada.) ¡Asi!

ESCENA III.

ALFONSO por la derecha del fondo, trayendo un paquete de cartas atado con un cordelillo. D. PLÁCIDO.

ALF. Alabado sea Dios.

PLAC. (Guardando el anónimo.) Por siempre. ¡Hola! Eres tú, Alfonso?

ALF. (Suspirando.) ¡Ah!

PLAC. (Otro de mis protegidos.) ¿Qué traes?

ALF. Me dijo el amo que fuese en un trote á Córdoba.

PLAC. ¿Para qué?

ALF. ¡Toma! Para que su apoderado me diese las cartas endilgadas á esta casa. ¡Si voy dos veces á la semana!

PLAC. Bien, hombre, no lo sabia.

ALF. Alguna vendrá tambien para don Fernando. ¡Mal rayo le!...

PLAC. ¡Cordura, Alfonso! ¿Has visto algo?

ALF. ¡Mucho!

PLAC. Cuenta.

ALF. ¡Aqui mismo he cogido á mi mujer retozando con ese... don bribon!

PLAC. (¡Cuántas infamias!) Supongo que habrás tomado grandes medidas...

ALF. ¡Si, señor; muy grandes! Desde aqui á Córdoba se lo he ido contando á todo bicho viviente.

PLAC. ¡Hombre de Dios!

ALF. ¡Ya se sabe el caso en diez leguas á la redonda!

PLAC. ¡Buena la has hecho! Afortunadamente ha caido ese mozo por mi banda, y todo se arreglará. ¡No tienes en-

tendimiento!

ALF. Qué he de tener, si desde que su merced me dió el jicarazo, estoy echando el alma por la boca! (Tira el paquete sobre el velador.) Por fin, ahí quedan los papeles.

PLAC. (Sacando con disimulo el anónimo.) (¡Ah! ¡Soberbia ocasion!...) Retírate. Procura consultar esas cosas con la almohada.

ALF. ¿Con la almohada?

PLAC. Si.

ALF. Pues voy á tumbarme en el pajar.

PLAC. Anda con Dios. (Váse Alfonso por la derecha del fondo.)

ESCENA IV.

D. PLÁCIDO.

No hay que perder un momento. (Toma y examina el paquete sin desatarlo.) Aqui veo cartas que no han pasado por el buzon del correo. Allá vá la mia. (Introduce la que ha escrito en el centro del paquete, y le deja sobre el velador.) Ahora me retiro para evitar sospechas. (Se dirige al fondo y mira con recelo á la galeria.) Nadie me ha visto. (Vuelve á la derecha.) ¡Que sea necesario valerse de estas precauciones para ejecutar una buena accion! ¡Pícaro mundo! (Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA V.

CARLOTA y CÁRMEN, por la puerta primera de la izquierda. Trae Cármen en la mano el billete que D. Fernando dió á su hermana.

CARMEN. ¿Eso te dijo?

CARL. Si, hermana mia: quisiera que le hubieses oido. Bien que las expresiones de ese papel no te dejarán la menor duda.

CARMEN. Seguramente. ¡Oh! ¡Creo en su amor, porque de otra manera no podria ser dichosa!

CARL. ¡Lo serás en breve! Nuestro padre bendecirá desde el cielo tu enlace, como bendijo el mio!

CARMEN. ¡Estoy loca de alegria! Temo que Fernando lo adivine.

CARL. ¿Y qué te importa?

CARMEN. Pero ¿dónde está? ¿Sabes, hermana, que su timidez

me maravilla? ¡Siempre tuvo fama de osado y emprendedor, pero aquí... ¡Ya lo ves! No pronuncia una palabra, se declara por escrito y huye luego.

CARL. La timidez en el hombre osado es síntoma infalible de amor.

CARMEN. Siendo así, pase.

CARL. Fernando habrá ido, segun costumbre, á la fuente del valle; pero no tardará en volver.

CARMEN. ¿Quieres que vaya Alfonso á decirle que le estamos esperando?

CARL. Alfonso marchó á Córdoba por órden de su amo...

CARMEN. ¡Qué contratiempo!

CARL. Pero en vista de tu impaciencia...

CARMEN. ¿Yo?... No lo creas.

CARL. (Sonriéndose.) En atencion á tu desasosiego, haré que otra persona llame á Fernando. Voy á dar este encargo á Rafaela.

CARMEN. (Estrechando una mano á Carlota.) ¡Qué buena eres!

CARL. Ya te entiendo, niña. (Váse por la puerta segunda de la izquierda.)

ESCENA VI.

CARMEN.

Me acusa de impaciente. ¡No sabe que este amor cuenta tres años de vida, tres años de resignacion!... ¡Ah, pero el gozo de este dia compensa mis largos sinsabores! ¡Fernando ha puesto en mí su cariño y su esperanza!... Parece un sueño. (Mira con pasion el billete.) ¡No, que este papel confirma mi ventura! Aquí le guardo. (Oculta el billete en el seno.) ¡Junto á mi corazon! Desde esa ventana veré llegar á Fernando, y en mis ojos leerá la respuesta que doy á su billete. (Se asoma á la ventana.) ¿Quién sube por aquella escalera? ¡Toma! ¡Alfonso, que ya está de vuelta! (Llama.) ¡Eh, Alfonso! ¡Ven aquí! (Se separa de la ventana.) ¡Queria mi hermana enviar á la pobre Rafaela!... ¡No, no! Ese mostrenco irá mas aprisa. Ni está bien que una muchacha salga por esos andurriales en busca de un caballero... ¡No, señor! Me alegro en el alma de haber visto á Alfonso. ¡Pero no sube? (Vuelve á asomarse á la ventana.)

ESCENA VII.

ALFONSO, por la derecha del fondo. CÁRMEN.

ALF. Aqui me tiene su merced.

CARMEN. ¡Ah! Corre, Alfonso: toma la senda de la fuente del valle: encontrarás á don Fernando, y le dirás que vuelva aqui al momento.

ALF. ¿Á quién?

CARMEN. ¿No te lo he dicho? Á don Fernando.

ALF. Señorita Cármen... ¡No voy!

CARMEN. ¿Te niegas á obedecerme?

ALF. No hay tal cosa. ¡Mándeme su merced tirar de una carreta y me dejaré uncir como un simple buey! ¡Con don Fernando... ni á la gloria!

CARMEN. ¿Pues qué te ha hecho?

ALF. ¿Á mí? Nada.

CARMEN. ¿Entonces?...

ALF. Á Rafaela...

CARMEN. ¿Á tu mujer?

ALF. ¡Señorita Cármen, el maldecido de don Fernando corteja á mi mujer!

CARMEN. ¡Alfonso!

ALF. Y no es eso lo peor.

CARMEN. ¡Mira lo que dices!...

ALF. Lo peor es que mi mujer se deja cortejar.

CARMEN. ¡Calla!

ALF. Y abrazar por añadidura.

CARMEN. (Apoyándose en el velador.) ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué perfidia!... ¡Pero no es posible! ¡Has mentido! ¡Como villano has mentido!

ALF. ¡Ojalá!

CARMEN. ¿Quién te ha dado esas noticias? Responde.

ALF. La primera el señor don Plácido. ¡Dios se lo pague!

CARMEN. ¿Y las demas?

ALF. Las demas... ¡mis ojos!

CARMEN. ¿Tú has visto?...

ALF. Aqui mismo. Hoy por la mañana.

CARMEN. ¡Basta! (Se deja caer en el sofá.) (¡Hoy!... ¡Mi dia feliz!... ¡Ah, cruel!) (Cúbrese el rostro con el pañuelo.)

ALF. Señorita, veo que su merced toma á pechos mi desgra-

cia. ¡Qué diantre! Yo no merezco tanto.

CARMEN. ¡Ay!

ALF. ¡Estimando, estimando! Me pesa haber sido desobediente, pero me arrepiento, y voy por don Fernando á la fuente del valle. (*Dá media vuelta y se dirige al fondo. Cármen se levanta, le coge de un brazo y le trae al proscenio.*)

CARMEN. ¡Ah!... ¿Qué vas á hacer? ¡Detente!

ALF. Aunque me cueste un berrenchin, traeré á don Fernando.

CARMEN. ¡Te lo prohibo!

ALF. ¡Nada, nada!... ¡Su merced me lo ha mandado!...

CARMEN. No he mandado tal cosa. ¿Entiendes?

ALF. ¡Señorita!...

CARMEN. Ese caballero vendrá cuando le acomode. Anda á tu trabajo. (*Saluda Alfonso muy asombrado y se retira.*)

ALF. (¿Qué será esto?... Voy á consultarlo tambien con la almohada.) (*Váse por la derecha del fondo.*)

ESCENA VIII.

CÁRMEN.

¡Ay!... ¡No puedo respirar!... ¡Qué golpe tan terrible!... ¿Pero habrá en el mundo hombre mas perverso? ¿Quién ha solicitado su cariño? ¿Quién le ha pedido esta infame declaracion? (*Saca el billete.*) ¿No vivia yo resignada con mi suerte?... ¡Oh! ¡Sin duda don Fernando se aburre en esta quinta, y por pasatiempo turba la paz de un matrimonio! ¡Tambien se ha acordado de mí, ha fingido que me ama, y ha desgarrado mi corazon!.. por pasatiempo! ¡Ah, necia! ¡Yo, que iba á dar contestacion á su billete desde esa ventana!... ¿Y por qué no he de hacerlo? (*Rompe la carta en dos pedazos y los tira por la ventana, cayendo uno fuera y otro dentro de la habitacion.*) ¡Allá va mi respuesta! (*Llorando.*) ¡Allá van mis esperanzas! ¡Ah! Siento ruido... No quiero que me vean llorar! (*Se dirige á su habitacion.*) Creí que solo estaba condenada á padecer tres años... Si, tres años... ¡Toda la vida! (*Váse por la puerta primera de la izquierda.*)

ESCENA IX.

D. MANUEL, por la derecha del fondo. Poco despues CARLOTA por la izquierda.

MANUEL. ¡Hola! ¿No hay nadie por aquí? Rafaela me ha dicho que su marido llegó de Córdoba hace un rato. ¿Dónde diablos habrá metido el correo?

CARL. (Entrando.) Me ha parecido oir la voz de Manuel... ¡Si, aqui está!

MANUEL. (Tomando la mano de su mujer y bajando al proscenio.) ¡Carlota!

CARL. ¡Tú vienes del campo!

MANUEL. ¿Vas á reñirme?

CARL. ¡Sí señor! Te he suplicado mil veces que á las horas de calor no salgas. ¿Quieres darnos un pesar?

MANUEL. ¡No seas aprehensiva! Corre un vientecillo delicioso.

CARL. ¡Delicioso!... Mira, mira cómo vienes. ¡Sudando á chorros! (Carlota enjuga á Manuel la frente y el cuello.)

MANUEL. Dime, ¿has visto á Alfonso?

CARL. Marchó á Córdoba.

MANUEL. ¿No tienes noticias mas frescas?

CARL. ¿Ha vuelto?

MANUEL. Sí, pero no sé dónde se ha sepultado con las cartas... (Carlota se dirige al velador, coge el paquete de cartas y lo entrega á su marido.)

CARL. Aquí las veo: toma.

MANUEL. (Desatando el paquete.) No hay duda. Estas son. (Siéntase en una silla y empieza á registrar el correo. Carlota toma asiento en el confidente.) Para Fernando un oficio de la comancia general.

CARL. (Con alegria.) ¿Será la próroga de su licencia?

MANUEL. Tal vez. ¿Dónde está Fernando?

CARL. Creo que ha ido á la fuente del valle.

MANUEL. ¡Ya! Con su vaso de suela y su frascote. ¡Le ha dado por ahí!

CARL. Dame esa órden, que yo sé quién ha de entregársela.

MANUEL. (Sonriéndose.) ¡Ah! tienes razon. (Pone el oficio en manos de Carlota.) Aqui veo una carta para mi tio don Plácido.

CARL. Estará en su aposento.

MANUEL. (Llamando.) ¿Tio?

CARL. No es fácil que te oiga.

MANUEL. (Levantándose y llegando á la puerta de la derecha.) ¿Tio?

ESCENA X.

DICHOS, D. PLÁCIDO, por la puerta de la derecha.

PLAC. ¿Me llamas tú, Manuel?

MANUEL. Si señor. ¡Parece que trae usted los ojos cargados!

PLAC. No lo extrañes: dormia la canóniga.

CARL. ¡Oh! ¡cuánto siento que mi marido!...

PLAC. (Acercándose á Carlota.) No te pese, sobrinita. Aqui estoy mejor. (Siéntase en el confidente.)

MANUEL. Yo ignoraba que tuviese usted esa costumbre. Asi es que apenas vi estas cartas...

PLAC. ¡Hola! ¿Has recibido el correo? ¿Qué noticias trae?

MANUEL. No he abierto aun mi correspondencia.

PLAC. ¡Ya!

MANUEL. Pero he hallado una carta para usted...

PLAC. Si, encargué á tu agente que diese á las mias la misma direccion que á las tuyas.

MANUEL. (Poniendo una carta en manos de su tio.) Aqui está. Ahora, si usted me lo permite, voy á examinar en mi despacho estos papeles y unas cuentas endiabladas...

PLAC. ¡Á tus negocios!¡

MANUEL. Volveré en seguida. (Á Carlota.) Creo que te dí para Fernando...

CARL. Si, hombre. ¿No te acuerdas?

MANUEL. Bien, bien.

PLAC. (¡Siempre Fernando!...) (Váse D. Manuel por la puerta segunda de la izquierda, llevándose las cartas.)

ESCENA XI.

D. PLÁCIDO, CARLOTA.

CARL. Lea usted sin reparo.

PLAC. ¡Pche! El sello es de Andújar, la letra de mi vecino don Roque. Yá sé su contenido. (Deja la carta sobre el velador.)

CARL. ¿De veras?

PLAC. ¿Qué puede escribirme el bueno de don Roque sino lamentaciones por mi ausencia? Conozco muy bien á An-

dújar. Las pasiones, que yo tenia encadenadas, habrán recobrado su imperio, y á estas horas la poblacion estará convertida en un campo de Agramante.

CARL. ¡Tal extremo no es creible! De todos modos bueno será que usted se informe...

PLAC. ¡Tengo penas de sobra! Tú, que dudas, lee; pero que yo no te oiga. (Ofrece la carta á Carlota.)

CARL. ¡No, señor don Plácido!

PLAC. (Rompiendo el sobre, y dándole la carta.) Nada; ¡si quiero que te convenzas!...

CARL. Siendo gusto de usted... (Toma la carta y lee para sí.)

PLAC. ¿Sabré yo lo que me digo?

CARL. Pues la carta no puede ser mas breve, ni mas satisfactoria.

PLAC. ¿Cómo?

CARL. (Leyendo.) «Amigo don Plácido, desde que usted falta de »aquí, se han transigido bastantes pleitos, y se han re»conciliado muchos matrimonios. Todos nos entende»mos, y vivimos en una paz octaviana.—Su afectísimo, »*Roque Terron.*» (Carlota y D. Plácido se miran fijamente.)

PLAC. ¡Lo que es haber sembrado buena semilla! (Se levanta.) ¡Gracias á Dios que recojo el fruto!

CARL. (Con malicia.) (¡No me pondré yo en tus manos!)

PLAC. Mas vale asi. (Se dirige maquinalmente á la derecha del proscenio.) Quedo tranquilo por ese lado, y me consagraré á ustedes en cuerpo y alma. (Repara en el pedazo de la carta, que tiró Cármen.) ¿Qué papel es este? (Lo coge.)

CARL. (Levantándose y dirigiéndose adonde está D. Plácido.) ¿Á ver?

PLAC. (Leyendo rápidamente.) («Fernando...»)

CARL. (Reconociendo el escrito, y arrebatándoselo á D. Plácido.) ¡Ah!...

PLAC. Permíteme, sobrina...

CARL. (¡Rota en pedazos la carta de Fernando! ¿Qué habrá sucedido?...)

PLAC. Te ruego que me permitas...

CARL. Es un papel insignificante... Una receta. (Saludando para irse.) Con licencia de usted... (¡Corro en busca de Cármen!)

ESCENA XII.

D. PLÁCIDO.

PLAC. (Queda aturdido por algunos momentos, y despues se lleva las manos á la cabeza.) ¡Señor!... ¡Señor!... Una carta de su amante!... ¡Y dice que es una receta! ¡Ay, sobrino! ¡Dios te la depare buena!

MANUEL. (Dentro.) ¿Alfonso?

PLAC. ¡Oh! ¡Se me figura que Manuel ha leido el anónimo! ¡Respiro!... ¡No podia ser en mejor ocasion! Me quitaré de en medio, porque ahora ese chico vendrá manoteando!... (Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA XIII.

D. MANUEL, por la puerta segunda de la izquierda. Trae abierta la carta de su tio.

¡Torpe calumnia!... Yo descubriré la mano cobarde que ha trazado estas líneas! (Se acerca á la galeria del fondo y llama.) ¿Alfonso? (Baja al proscenio.) El papel ha venido de Córdoba... ¡Indudablemente! (Asómase á la ventana y llama otra vez.) ¿Alfonso? (Pasea agitado.) ¡De Córdoba!... Mas ¿no pudiera haber sido fraguado en esta casa? ¡Bah! ¿Por quién? Solo mi tio... (Párase.) Mi tio... Los consejos que me daba hace poco rato... ¡Imposible! ¡Tan honrado, tan noble!... ¡Ese ramo de oliva me echa en cara mi absurda sospecha! ¡No! ¡No reside aqui el culpable! Habian de socavar esta dichosa vida los mismos que la disfrutan? El papel ha venido de Córdoba.

ESCENA XIV.

ALFONSO, por la derecha del fondo, D. MANUEL.

ALF. Aqui estoy, mi amo.

MANUEL. Ven acá. Dime, ¿quién te entregó las cartas?

ALF. El de siempre.

MANUEL. ¡Mejor dicho!

ALF. El apoderado de su merced.

MANUEL. ¿No tiene nombre?

ALF. Si, señor: le dicen don Tomás.

MANUEL. ¿Quién tenia guardados mis papeles?

ALF. Don Tomás.

MANUEL. ¿Quién los ató con el cordelillo?

ALF. Don Tomás.

MANUEL. ¿Tocó á las cartas alguna persona?

ALF. Si, señor.

MANUEL. ¿Quién?

ALF. Don Tomás.

MANUEL. ¡Vete al infierno con tu taravilla!

ALF. He dicho la verdad pura.

MANUEL. (¡En balde interrogo á esta acémila! Veré en Córdoba al infeliz que me sirve de agente, y con su ayuda seguiré la pista al autor de este anónimo, que bien mirado, solo merece mi desprecio.) (*Arruga entre los dedos el billete.*)

ALF. ¿Manda su merced otra cosa?

MANUEL. No: retírate.

ALF. ¿Queda su merced satisfecho?

MANUEL. ¿Satisfecho?... (*Reprimiéndose.*) ¡Anda con Dios!

ALF. Si he dicho alguna majaderia...

MANUEL. ¡Dále!

ALF. Su merced me perdonará, porque estoy atontado. (*Suspira.*) ¡Cosas se ven en el mundo!... (*Marcha al fondo.*)

MANUEL. ¿Qué rezas?

ALF. (*Volviendo.*) Digo... que no se debe poner cariño en las mujeres! Créame su merced.

MANUEL. (*Sorprendido.*) ¡Alfonso!

ALF. ¡Son malos bichos! No hay que fiarse de la mejor. Salud, mi amo. (*Vá hácia el fondo.*)

MANUEL. (*Deteniéndole.*) ¡Aguarda! Procura explicarte.

ALF. ¿Para qué? No quiero dar á su merced una pesadumbre.

MANUEL. ¿Pesadumbre á mí?

ALF. Su merced ha creido que en esta casa no hay mas que ángeles...

MANUEL. ¡Acaba! (*Empieza á estirar el anónimo.*)

ALF. No me acomoda, mi amo. El bribon que tan mal paga nuestra hospitalidad, contaria luego la cosa á su manera; y el pobre Alfonso quedaria por embustero.

MANUEL. (¡No sé qué pensar!...) Tú sueñas, hombre. Tranquilízate, y refiéreme la causa de tu disgusto.

ALF. ¿Mi disgusto?... ¡Mi coraje, dirá su merced! ¿Quién puede sufrir con paciencia que venga un caballerete á engatusar á una mujer sencilla, que era la gloria de su marido?

MANUEL. (¡Qué oigo!)

ALF. ¡Bueno fuera que su merced disculpase al burlador!

MANUEL. ¿Yo disculparle?... ¡Su nombre al punto! ¡Su nombre!

ALF. Pero...

MANUEL. ¡Dilo!

ALF. Don Fernando.

MANUEL. (Dando algunos pasos vacilantes.) ¿Eh?... ¿Tú tambien?... ¿Tú le acusas?

ALF. (Suspirando.) Si, señor.

MANUEL. (Con voz sorda y airada.) ¡Ah, traidor! ¡Ah, villano!... (Coge de repente á Alfonso por el cuello.) ¡Pero si tú eres el traidor!...

ALF. ¡Señor amo!

MANUEL. ¡Tú, el villano! (Le suelta y dá algunos pasos hácia la izquierda.) ¿Pero qué he hecho?... ¡Rogar á un criado que acuse á mi amigo!... ¡Que difame á mi esposa!... ¡Oh! ¡Soy el mas vil de los hombres!) (Se cubre el rostro con las manos.)

ALF. (Acercándose á su señor.) ¿No le dije á su merced que no me creeria?

MANUEL. ¡Calla, calla!

ALF. ¿Su merced no quiere que hable?

MANUEL. ¡Que enmudezcas es lo que quiero! ¡Quítate de mi vista, reptil inmundo!

ALF. ¡Pero, señor!...

MANUEL. ¡Afuera!

ALF. Me voy corriendo. (Se dirige al fondo.)

MANUEL. ¡Y cuenta con lo que hablas, porque en ello te vá la lengua!

ALF. ¿Hay justicia en la tierra? Unos retozan y otros llevan los palos! (Váse por la derecha del fondo.)

MANUEL. (Corriendo tras él.) ¡Miserable!!...

ESCENA XV.

D. MANUEL en la puerta del fondo.

Válgate que no quiero alarmar la casa. (Baja al proscenio,

leyendo para sí el anónimo.) ¡Oh! ¡Este papel me quema las manos! (Lo tira sobre el velador.) Sus breves renglones y las palabras de Alfonso tienen un enlace fatal. ¡Qué abismo de dudas! ¿Fernando me será traidor? ¿Carlota?... ¡Oh, no! ¡Imposible! La virtud de esa pobre niña excede á todo encarecimiento. ¡Ah, qué rayo de luz! Carlota me ha contado que su hermana y mi amigo se profesan mútuo amor. Como esto puede colmar nuestra ventura, Carlota habla á menudo con Fernando para obligarle á que rompa su tenaz silencio. ¡Está visto! Alfonso lo ha entendido al revés. ¡Mal haya el tagarote incapaz de sacramentos! Con todo, pudiera creerse que los amores de Cármen y Fernando han sido inventados para vendarme los ojos... No lo imagino yo, pero me importa que no lo sospeche nadie. Mas ¿de quién he de valerme para conseguir una prueba? No puedo dirigirme á Carlota, ni á Fernando... Mi tio debe ignorar siempre este suceso... ¡Ah! ¡Cármen! ¡Nadie mejor que Cármen! ¡Sus inocentes labios me descubrirán el amor de su pecho; y todo cuanto me ha dicho Carlota pasará por este crisol! No hay que perder tiempo. ¡Si estuviese en su cuarto! (Llega á la puerta primera de la izquierda.) ¡Carmencita! (Se retira un poco.) ¡Quiera el cielo que las palabras de esa niña sean un bálsamo para mi corazon! (Vuelve á acercarse á la puerta.) ¡Cármen!

ESCENA XVI.

D. MANUEL, CÁRMEN.

CARMEN. ¿Qué me quieres?

MANUEL. (Tomándole una mano.) Ven acá, hermana mia; ¿no te aburres de estar sola en ese cuarto?

CARMEN. Me ocupo en mi labor.

MANUEL. ¡Tu labor!... ¿Por qué bajas los ojos? Mírame. Pero ¿qué es eso? ¿Has llorado?

CARMEN. ¡No lo creas!

MANUEL. Soledad, lagrimitas... ¡Síntomas infalibles!

CARMEN. ¿De qué?

MANUEL. Vaya, Carmencita, ¡si no me pesa! Al contrario: celebraré mucho... Y á propósito: tengo que darte una buena noticia.

CARMEN. Explícate.

MANUEL. Bien que ya te habrá enseñado Carlota el oficio del comandante general...

CARMEN. No he visto nada.

MANUEL. ¿No? ¡Es particular!...

CARMEN. ¿Pero qué tiene que mandarme ese señor?

MANUEL. Presumo que nos envia la próroga de la licencia que disfruta Fernando.

CARMEN. (Con frialdad.) ¡Ah!...

MANUEL. ¿No te alegra la noticia?

CARMEN. Me es indiferente.

MANUEL. (Dando un paso atrás.) ¿Indiferente?... (¡Pues esto me faltaba!) ¿Dices la verdad?

CARMEN. Si.

MANUEL. ¡Eh! ¡No por cierto! Una mal entendida vergüenza te obliga á disimular tus sentimientos. ¿Y á quién se los ocultas? ¡Á tu hermano, á tu segundo padre, que se desvive por labrar tu dicha!

CARMEN. (Tomándole una mano con temor.) Hermano mio, no te enfades!

MANUEL. ¿Eso has creido?

CARMEN. ¡Si!...

MANUEL. (Abrazándola.) No, Carmencita! ¡Qué disparate! Hablo con calor, porque me interesa mucho tu suerte. Ven acá. (La conduce al sofá.) Siéntate junto á mí. (Lo hacen.) Nadie transita por estas habitaciones, y podemos conversar libremente.

CARMEN. Como quieras.

MANUEL. Voy á hacerte cuatro preguntillas, advirtiéndote de antemano que si la confesion es sincera, la penitencia será dulcísima.

CARMEN. Habla, pues.

MANUEL. ¿Debo, ó no presumir que un bizarro capitan, huésped de mi casa, lo es tambien de tu corazon?

CARMEN. ¡No, Manuel!

MANUEL. ¿Con que no estás enamorada?

CARMEN. ¡Qué desatino!

MANUEL. ¿De don Fernando?

CARMEN. ¡No, no!

MANUEL. Mira que yo lo he descubierto.

CARMEN. ¡Te has equivocado!

MANUEL. Mira que él lo confirma.

CARMEN. ¡Pues ha mentido!

MANUEL. ¡Advierte que tu hermana me lo ha dicho!

CARMEN. ¡Pues te ha engañado!

MANUEL. (Levantándose repentinamente.) ¿Que me ha engañado Carlota?... ¿Tú tambien?... (Apoyándose en el velador) ¡Ay!...

CARMEN. (Acercándose á D. Manuel.) ¿Qué tienes, hermano?

MANUEL. (Rechazándola y dirigiéndose á la derecha.) ¡Déjame! (¡Esto no puede ser!... ¡No quiero que sea!)

CARMEN. No acierto á explicarme...

MANUEL. Bien está, niña. Te obstinas en guardar reserva conmigo. ¡Bien está! (Pasea agitado.)

CARMEN. ¿Pero qué extraño interés?...

MANUEL. ¡Nada! ¡Si ya no quiero que me digas nada! Poseo la clave de estos enigmas pueriles, y haré uso de ella para saberlo todo. ¡Cuánto voy á gozarme en tu confusion!

CARMEN. (Alarmada.) ¿Qué intentas?

MANUEL. No puedes comprenderlo bien hasta que suban aqui tu hermana y mi amigo.

CARMEN. (Dando algunos pasos hácia la izquierda.) ¡Oh! Tú me dispensarás...

MANUEL. Veremos si desmientes á Carlota.

CARMEN. (Trémula y suplicante.) ¡Oh! No me obligarás á eso! ¡No, por Dios!

MANUEL. Veremos tambien qué respondes á don Fernando.

CARMEN. ¡Qué vergüenza! ¡No, hermano mio! ¡Yo te diré la verdad, toda la verdad!

MANUEL. ¿Si?...

CARMEN. Si, Manuel; pero no me sometas á ese martirio! ¡Te lo pido de!... (Vá á echarse á los pies de D. Manuel, y este la recibe en sus brazos.)

MANUEL. ¿Qué vas á hacer, criatura? Sosiégate, la entrevista no se verificará.

CARMEN. ¡Pues tú lo quieres, no vacilaré mas tiempo en confesarte que he rendido mi corazon á don Fernando!

MANUEL. ¡Ya ves que en eso no me ha engañado Carlota! ¿Pero él te ama?... ¡Dime, por Dios, si te ama!

CARMEN. ¡Lo ha fingido el traidor!

MANUEL. ¡Cármen!...

CARMEN. ¡Oh, si! ¡Lo ha fingido! ¡Se ha burlado de mi cariño inocente! ¡No soy yo la que él ama!

MANUEL. (Dando en el suelo una patada.) ¡Niña!

CARMEN. (Huyendo.) ¡Virgen santa!

MANUEL. (Asiendo á Cármen de un brazo) ¿Sabes, infeliz, á quién acusas? ¿sabes á quién condenas?

CARNEN. ¡Á nadie, á nadie!... ¡Por Dios te ruego que olvides estas expresiones, hijas de tu obstinacion y mi despecho!... Que no digas nada á Fernando... Que nada sepa Carlota... ¡Que todos vivais felices, sin mezclar vuestras lágrimas con las que he de llorar eternamente!

MANUEL. Son tus armas. ¡Yo tengo otras!

CARMEN. ¡Por amor mio no harás uso de ellas! ¡No, Manuel! (Echa los brazos al cuello de D. Manuel en ademan cariñoso y suplicante.) Tú eres bueno, prudente... Haz como que nada sabes!

MANUEL. (Rechazando á Cármen con indignacion.) ¡Señorita!... (Calmándose de repente.) ¡Ah! ¡ya entiendo! Tú no ves mas allá de tus celos... ¡Oh! siento en el alma haberte interrogado. ¡No necesito saber mas! Vete. ¡Un grito de mi corazon puede aniquilar tu inocencia! ¡Vete, vete!

CARMEN. ¿Qué vas á hacer?

MANUEL. Voy... á tranquilizarme un poco... Á meditar luego... Tú has dicho bien... ¡Un hombre prudente!... Anda, niña; busca á tu hermana... Quizás esté en el jardi . ¡No te separes de ella! Pero mira que no has de referirle nnestra conversacion.

CARMEN. Nada sabrá por mí. ¡Tendria un disgusto!

MANUEL. ¡Seguramente! (D. Manuel lleva á Cármen de la mano hasta la puerta del fondo.)

CARMEN. Con que me das palabra...

MANUEL. De que todo se arreglará como es debido. (Váse Cármen por la derecha del fondo.)

ESCENA XVII.

D. MANUEL, luego D. PLÁCIDO.

MANUEL. (Bajando al proscenio.) ¡Ahora á meditar mi venganza!... ¡Debe ser terrible y pronta! ¡Amor, paz, ventura, todo en un momento me ha sido arrebatado por mis enemigos!... ¡Que un rayo de mi cólera los abrase y los confunda! (Sale D. Plácido por la puerta de la derecha y baja despacio al proscenio.) ¡Ah, traidor don Fernando! ¡Ah, despiadada Carlota! (Enternecido.) ¿Esto merecia mi amor?... (Sobre sí.) ¡Eh, corazon de cera, ahora te quie-

ro de bronce! (Pausa.) Siento no poder sepultar entre sombras mi venganza; mas no hay remedio: pública ha de ser la reparacion, porque ha sido público el agravio. ¡Todo el mundo lo sabia: mis criados, mis parientes, mis amigos!... Lo único que se ignora es la procedencia de este billete. ¿Dónde está su autor? ¿Quién ha sido?

PLAC. (Con sencillez y bondad.) Yo.

MANUEL. ¿Quién?... ¡Ah!... ¿usted, tio?... ¿usted?...

PLAC. ¡Si!

MANUEL. ¿Con que?... (¡Pierdo el juicio!...) ¿Con que este... embrollo?...

PLAC. Asi te pareció al principio.

MANUEL. ¿Usted sabe?

PLAC. Mas que tú.

MANUEL. ¿Ha oido usted á Cármen?

PLAC. Y á tu criado Alfonso.

MANUEL. ¡Pero, tio!... Su conducta de usted es inexplicable. ¡Escribirme anónimos! ¡Espiar mis pasos! ¡Sorprender mis secretos! ¡Nc hiciera mas un enemigo oculto! (Cogiendo de un brazo á D. Plácido.) ¿Sabe usted, señor don Plácido?...

PLAC. Sé que salvo tu honor: lo demas no me importa.

MANUEL. (Sorprendido.) ¿Mi honor?... Ya veo... Pero no podia usted hacer lo mismo á cara descubierta?

PLAC. Mírame bien.

MANUEL. ¡Ahora!

PLAC. Ahora, que sabes la verdad; ahora, que puedes oirme sin cometer un atentado...

MANUEL. No entiendo...

PLAC. Recuerda mis consejos de esta mañana: recuerda tus desabridas contestaciones.

MANUEL. Cierto que...

PLAC. Si yo te hubiera dicho entonces: «tu mujer y tu amigo se profesan un amor... de grueso calibre.»

MANUEL. ¡Basta!

PLAC. ¿Qué habrias hecho al recibir este prudente aviso? Desmentirme!

MANUEL. ¡Bien lo conozco!

PLAC. ¡Injuriarme!

MANUEL. ¡Por Dios, tio!

PLAC. ¡Y acaso afrentar estas canas, poniendo en mí tus aira-

das manos!

MANUEL. ¡Calle usted!... ¡Tiemblo al pensarlo! ¡Si, si! ¡usted es mi amigo único! Yo admiro su prudencia, reclamo su consejo y me refugio en sus brazos! (Lo hace asi.)

PLAC. Date por salvo, hijo mio! ¡Respira!

MANUEL. ¡Si! ¡Todavia me parece que podemos estar equivocados!

PLAC. ¡Eso no!

MANUEL. ¡Ah!

PLAC. Pero cabe remediar el daño. ¡Carlota no ha faltado á sus juramentos!... Todo se compondrá.

MANUEL. ¿Y su corazon?...

PLAC. Tambien tiene compostura... ¡Ea! ¡No hay que perder un instante, porque estamos con el agua al cuello. Esta mañana sorprendí á tu mujer y á tu amigo, hablando en términos que!...

MANUEL. ¿En qué términos?

PLAC. Yo no podia tolerar aquel diálogo. Mi obligacion era toser, y tosí. Ellos al verme debieron de turbarse, y comprender que yo estaba en autos; porque habiéndole dicho en voz baja á don Fernando: «Caballero, sé que ama usted á Carlota.»

MANUEL. (Con recelo.) ¡Calle usted!

PLAC. Eso mismo me respondió don Fernando.

MANUEL. Hasta luego. (Despídese de D. Plácido, dándole la mano.)

PLAC. Aguarda. Cuando me dejaste con Carlota en esta habitacion...

MANUEL. Hace poco rato.

PLAC. Comencé á pasearme, y hallé en el suelo una carta, que recogí por cnriosidad.

MANUEL. Démela usted.

PLAC. Figúrate cuál seria mi asombro al ver rápidamente que decia: «este secreto amor.»

MANUEL. (Introduciendo sus manos en los bolsillos de D. Plácido.) ¡Venga esa carta!

PLAC. Y abajo firmaba: *Fernando.*

MANUEL. ¡Pronto esa carta!

PLAC. ¡Me la arrebató tu mujer!

MANUEL. ¡Ah!

PLAC. Diciendo que era una receta.

MANUEL. ¡Una!... ¿Y luego?

PLAC. Luego echó á correr.

MANUEL. Aguárdeme usted aqui.
PLAC. ¿Qué vas á hacer?
MANUEL. ¡Pedirle... arrancarle ese billete!
PLAC. (Cogiendo á D. Manuel de un brazo.) ¡Templanza, Manolito!
MANUEL. Bien está.
PLAC. ¡Por Dios vivo!
MANUEL. (Zafándose bruscamente.) ¡Por Dios vivo, suélteme usted! (Váse por la puerta segunda de la izquierda.)

ESCENA XVIII.

D. PLÁCIDO luego D. MANUEL.

PLAC. ¡Echó por las de Pavía! ¡Vaya usted á contar con la discrecion de nadie! Mi sobrino, un muchacho juicioso, pacífico, circunspecto, porque descubre que su mujer no anda derecha... ¡Paf!! ¡se voló como un castillo de pólvora! ¡Si es mucho cuento! (Repara en D. Manuel, que sale por la puerta segunda de la izquierda.) ¿Qué traes?
MANUEL. ¡Aqui está la carta!
PLAC. ¡Ah!... ¿Y Carlota?
MANUEL. No la he visto.
PLAC. ¡Mas vale asi!
MANUEL. ¡Pérfida!... ¡En su tocador la tenia! Lea usted.
PLAC. (Mirando el papel, que le entrega su sobrino.) Exactamente. (Lo devuelve á D. Manuel.) No es mas que un pedazo, pero basta.
MANUEL. ¡Basta y sobra! ¡Cada renglon, cada palabra es un cartel de mi deshonra.
PLAC. ¡Calma, hijo, moderacion! (Se oye cantar á D. Fernando.)
MANUEL. ¿Quién sube?
PLAC. ¡Animas benditas!
MANUEL. ¡Don Fernando!... ¡Qué fortuna!... Retírese usted, tio.
PLAC. Desgraciado, ¿qué intentas?
MANUEL. Nada... Yo tambien me retiro.
PLAC. Ha de ser antes que yo.
MANUEL. ¡Salga usted!
PLAC. ¡Tú primero!
MANUEL. (Con despecho.) ¡Ya me voy! (Váse precipitadamente por la puerta de la derecha.)

ESCENA XIX.

D. PLÁCIDO, D. FERNANDO.

PLAC. ¡Dios le ilumine! (Baja á la derecha del proscenio.) Me quedo por lo que pueda tronar. (Vé á D. Fernando que entra cantando por la derecha de la puerta del fondo, y se dirige á la izquierda del proscenio.) (Ya está aqui la tea de la discordia.) (Quítase D. Fernando el frasco que trae pendiente de un cordon, y al mismo tiempo repara en D. Plácido.)

FERN. Buenas tardes, amigo mio.

PLAC. Buenas tardes. (Pausa, durante la cual D. Fernando lia el cordon al cuello del frasco.) ¿Cómo no baja usted un rato á la huerta?

FERN. Vengo del valle.

PLAC. ¡Famosa caminata!

FERN. La emprendo todos los dias.

PLAC. Dicen que el tal valle es muy pintoresco.

FERN. ¡No puede usted formarse una idea!... ¡Qué amenidad, qué sosiego! La fuente me cautiva sobre todo. ¡Qué brazo de agua!... ¡Y qué agua! ¡Un néctar! Anoche sostenia Manuel que es mejor la del Corchuelo; pero ya verá usted cómo se queda bizco cuando apure este frasco.

PLAC. ¡Hola! ¿Trae usted para mi sobrino?...

FERN. Si señor. (Levanta el frasco en alto.) ¡Un agua prodigiosa!

PLAC. (¡Canario! ¿Si será aquello?)

FERN. Pruébela usted.

PLAC. (Con espanto.) ¿Yo?... (Excusándose.) No entiendo de aguas... Pero beba usted un trago á mi salud.

FERN. ¡Dios me libre! ¡Me he echado al coleto un par de azumbres y seria cosa de reventar! (Pone el frasco sobre el velador.) Aqui lo dejo intacto para mi amigo.

PLAC. (Dando una palmada.) (¡Aquello es!)

FERN. (¿Si habrá entregado Carlota mi billete á su hermana?) (Mira á todos lados y luego se aproxima á D. Plácido.) ¿Puede usted decirme dónde está Carlotita?

PLAC. ¡No, señor! (Vuelve D. Fernando á la izquierda del escenario y registra por las dos puertas.)

ESCENA XX.

DICHOS, D. MANUEL por la puerta de la derecha.

MANUEL. (Junto á su amigo.) Señor don Fernando... sígame usted.
PLAC. (¡Ya está armada!...)
FERN. ¡Hombre, qué tono!
MANUEL. Sígame usted.
FERN. (Remedándole.) Señor don Manuel, ¿adónde?
MANUEL. Al valle.
FERN. ¿Si? Enterado. (Vuelve la espalda á D. Manuel y se sienta en el confidente.)
MANUEL. ¿Qué hace usted?
FERN. Lo que es natural, viniendo ahora de ese sitio.
MANUEL. ¡Pues irá usted dos veces! (Coge de un brazo á D. Fernando y le obliga á levantarse.)
FERN. ¿Estás loco?
PLAC. ¡Atiende, Manuel mio!
MANUEL. (Á D. Plácido.) ¿Qué hace usted aqui? ¿No le dije á usted que se fuera?
PLAC. ¡Desiste de tu bárbaro propósito!
FERN. ¿Bárbaro propósito?... ¡Ah, ya comprendo!
MANUEL. ¡Cuánto me place!
FERN. (Señalando á D. Plácido.) Quieres dar un susto á este buen señor, tan pusilánime y tan... ¡Eh! ¡no cuentes conmigo.
MANUEL. ¿Cómo, susto?
FERN. (Llevándose aparte á D. Plácido.) ¡Sosiéguese usted, señor don Plácido! ¿No vé usted que todo es broma?
PLAC. ¿Cómo broma?
MANUEL. (Tirando de un brazo á D. Fernando.) ¿Te burlas de mí?
FERN. ¡Manuel! ¡Ya me vas enfadando!
MANUEL. ¡Eso quiero, miserable!
FERN. ¡Pues si pierdo los estribos! (Se juntan D. Manuel y D. Fernando encolerizados, y los separa D. Plácido interponiéndose á los dos.)
PLAC. ¡Paz, señores, paz!
MANUEL. (Dándole un empellon.) ¡Quite usted!
FERN. (Haciendo lo mismo.) ¡Vaya usted á paseo!
PLAC. (¡Ah, tigres!)
MANUEL. ¡Acabemos, don Fernando!

FERN. Empecemos, digo yo, y sea por saber la causa de tu enojo... ¿En qué he podido ofenderte?
MANUEL. ¡Pregúntalo á tu conciencia! ¡Yo no puedo pasar por la humillacion de decírtelo!
FERN. Mi conciencia está tranquila.
MANUEL. Dí mejor que no la tienes.
FERN. ¡No me injuries!...
PLAC. (Colgándose de un brazo de D. Fernando.) ¡Ah, caballero, tome usted la puerta!
FERN. ¡Tómela usted por mí, y se lo agradeceré con alma y vida!
MANUEL. (Llevando aparte á D. Fernando.) Menos dilaciones, señor mio!
FERN. ¡Habla claro y pronto!
PLAC. ¡Manuel, una súplica no mas!
MANUEL. ¡Diga usted!
PLAC. ¡Por ese ramo de oliva! (Señalando al del jarron.)
MANUEL. ¡Ni por todo un olivar! (Á D. Fernando al oido.) Sígame usted... abajo tenemos armas.
FERN. ¡Un duelo!
MANUEL. ¡Á muerte!
FERN. Te dejo por loco rematado y corro á avisar á tu mujer!
MANUEL. (Trayendo bruscamente á D. Fernando al proscenio.) ¡No he visto mayor descaro, ni mas baja cobardia!
FERN. ¡Eh! ¡Basta de insultos!
MANUEL. ¡Quiero despertar tu cólera!
FERN. ¡Fácil es!
MANUEL. ¡No es difícil de esta suerte! (Vá á pegar á D. Fernando en el rostro.)
FERN. (Apoderándose de la mano de D. Manuel.) ¡Villano!
PLAC. ¡Aqui de mis recursos! (Corre á la puerta del fondo.)
MANUEL. ¿Ahora me seguirá usted al valle?
FERN. ¡Y al infierno!
PLAC. (Gritando.) ¡Socorro! ¡Que se matan! ¡Socorro!
MANUEL. ¡Ah! (Corre al fondo y procura hacer callar á su tio.)
FERN. (¡Con él!... ¡Mi amigo!... ¡mi hermano! ¡Imposible!) (Por la izquierda trae D. Manuel á D. Plácido luchando á brazo con él y tapándole la boca. Por la derecha sube D. Fernando al foro.)
PLAC. ¡Carlota!...
MANUEL. ¡Calle usted!
PLAC. ¡Cármen!...

MANUEL. ¡Silencio! (Váse D. Fernando por la derecha del fondo.)

ESCENA XXI.

D. PLÁCIDO D. MANUEL.

PLAC. ¡Suelta!... Ya no grito.
MANUEL. ¿Dónde está don Fernando?
PLAC. Voló.
MANUEL. ¡Ah, cobarde!... ¡Voy tras él! (Corre á la puerta del fondo, y D. Plácido le intercepta el camino.)
PLAC. ¡Quita!...
MANUEL. ¡Paso!
PLAC. ¡Mírale al cabo de la huerta!
MANUEL. ¡Ah, hombre vil!
PLAC. Ya salvó la empalizada. Échale un galgo.
MANUEL. Pues bien; confiese su delito huyendo, y cúbrase de ignominia! (Baja al proscenio.) ¡Mañana le alcanzará mi brazo! ¡Hoy no puedo mas!... (Se apoya en el velador.) ¡Las fuerzas me abandonan!... ¡Tengo fiebre!... ¡Ah, Carlota!... ¡Me has traspasado el corazon! (Aproxímase lentamente al sofá y toma asiento.) ¡Qué angustia!... ¡Dios mio, la vida... para castigar el crímen!... (Llévase las manos al pecho.) ¡Ah!... ¡La sangre me sofoca... yo me abraso!... (Ve el frasco sobre el velador y lo coge con ansia.) ¡Ah!
PLAC. (Bajando al proscenio y notando la accion de D. Manuel.) ¡Oh! ¡No bebas, desgraciado! (Quítale el frasco por detrás del sofá.)
MANUEL. ¡Tio!
PLAC. (Mostrándole el frasco.) ¡Mira bien!
MANUEL. De don Fernando...
PLAC. ¿Bebiste?
MANUEL. No.
PLAC. ¡Gracias al cielo!
MANUEL. ¿Pues qué contiene ese frasco?
PLAC. ¡Infeliz, no me lo preguntes! (D. Manuel lanza un grito de horror y cae sin sentido sobre el sofá.)

ESCENA XXII.

DICHOS, CARMEN y CARLOTA por la izquierda de la puerta del fondo. Luego RAFAELA por la derecha.

CARMEN. ¿Quién daba voces?
CARLOTA. ¿Que hay, señor don Plácido?
PLAC. Nada... Retiraos...
CARL. ¡Usted me oculta alguna desgracia!
PLAC. ¡No hay nada por ahora!
CARMEN. (Reparando en su cuñado.) ¡Manuel!...
CARL. ¡Ah! ¡Manuel mio! (Las dos hermanas corren al sofá y abrazan á D. Manuel.)
RAF. (Entrando.) ¿Llamaba usted? ¿Qué ha sucedido?
PLAC. ¡Nada te importa! ¡Nada tienes que saber! (Entregándole el frasco.) Tira pronto ese veneno.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CARMEN y RAFAELA por la puerta de la izquierda. RAFAELA traerá un candelero con vela encendida.

CARMEN. No me persigas, vete.

RAF. ¡Por la Vírgen del Robledo, señorita!

CARMEN. ¡Déjame en paz!

RAF. ¡Si todo fué por dar celos á mi marido! (Coloca la luz sobre el velador.)

CARMEN. Mas que la ofensa, me enoja la disculpa.

RAF. ¿Pero es malo?...

CARMEN. ¡Malísimo es que procures engañarme con esa invencion de celos!

RAF. ¿Pues no le he dicho á usted que don Plácido sorprendió á Alfonso cortejando á una zagala? ¡Si no es motivo para estar celosa!...

CARMEN. ¿Y por qué no te fuiste en derechura á dar quejas á tu marido?

RAF. ¡Tambien lo hice con cada refran que valia un imperio! ¡Ay, ni por esas! Me dió un bufido y no ha vuelto á saludarme.

CARMEN. ¡Pobre Rafaela!

RAF. ¿Me perdona usted?

CARMEN. ¡No por cierto! Ya que te ocurrió la diabólica idea de recibir en presencia de tu marido, un abrazo de otro hombre, al menos... no debiste escoger á don Fernando.

RAF. ¿Pues á quién?

CARMEN. ¿Á quién? ¡No siendo á mi novio, á cualquiera! Al mismo don Plácido.

RAF. ¡Quite usted! ¿Abrazar á un vejestorio... habiendo un mozo de por medio!

CARMEN. ¿Asi me desenojas, pícara? ¡Me gusta el arrepentimiento!

RAF. ¡Perdon, señorita! ¡He dicho un disparate!... Bien sabe usted que soy una muchacha honrada, y que por nada del mundo daria á usted un sentimiento. Si alguna vez me acuerdo de don Fernando es porque pienso en el regalo que me hará cuando se case con usted.

CARMEN. ¡Para bodas estamos! ¡Mira la casa toda revuelta y medrosa, que no parece sino que habita en ella un espíritu maligno!

RAF. ¿Pero no me dirá usted qué tienen esos señores? ¿Qué mosca les ha picado?

CARMEN. ¡Ay, Rafaela! ¿Qué mas podré decirte sino que he perdido á mi amante para siempre?

RAF. ¡No se amilane usted, señorita! Dios mejora sus horas, y usted verá á don Fernando. ¿Quién sabe si hoy mismo?... ¡Porque á rio revuelto!...

CARMEN. ¿Qué me quieres decir?

RAF. Si yo le facilitase á usted una entrevista con el ausente caballero, ¿no quedaria perdonado el abrazo de marras?

CARMEN. ¡Oh, ciertamente!... ¡Pero eso es imposible!

RAF. ¡Él lo desea tanto!...

CARMEN. ¿Sabes tú que lo desea? ¿Le has visto por ventura?

RAF. Si, señora...

CARMEN. ¡Dios mio, qué imprudencia! ¿Pero cómo has logrado verle?

RAF. Diré á usted: no pudiendo bajar esta tarde al jardin, porque al salir el amo y su tio cerraron todas las puertas, me puse en la ventana del comedor á tomar el fresco y á cantar unas seguidillas.

CARMEN. Adelante.

RAF. Miraba yo por toda la vereda de enfrente, y ví que un hombre la seguia hasta dar con la tapia de la huerta. Entonces advertí que era don Fernando; él me conoció tambien y me saludó con su pañuelo.

CARMEN. ¿Pero qué te dijo?

RAF. Entre señas y palabras me dió á entender que deseaba hablar con usted á solas.

CARMEN. ¡Qué locura! Ademas, eso no es posible estando las puertas cerradas.

RAF. Tiene usted mucha razon; pero me indicó don Fernando que en oscureciendo saltaria la tapia, y que luego arrimaria á esa ventana la escalera del pajar...

CARMEN. ¡Oh! tú le habrás obligado á desechar ese proyecto. ¡Tú le habrás dicho que si lo ejecuta, y mi hermano le sorprende en casa, él perderá su vida y yo mi estimacion!

RAF. Buenas ganas se me pasaron de decirle todo eso; mas como tengo poca voz...

CARMEN. ¿Qué hiciste?...

RAF. Y era mucha la distancia...

CARMEN. ¡Acaba!

RAF. Le dije á todo que si.

CARMEN. ¡Ay, desventurada!... ¿Con que vendrá don Fernando?

RAF. Si.

CARMEN. ¿Por esa ventana?

RAF. Si.

CARMEN. ¡Ciérrala al punto!

RAF. ¡Pero, señorita!...

CARMEN. ¡La cerraré yo! (Se dirige á la ventana.)

ESCENA II.

DICHAS, D. FERNANDO, que entra por la ventana.

FERN. ¡Un momento no mas!

CARMEN. (Retrocediendo sobresaltada.) ¡Ah!... ¡Caballero!

FERN. ¡Carmencita!

CARMEN. Retírese usted.

FERN. Óigame usted antes.

CARMEN. ¡Mi hermano vá á llegar!

RAF. Descuide usted, señorita. Yo me pondré de centinela.

FERN. ¡Anda! (Se dirige Rafaela al fondo, y pasea por la galeria.)

CARMEN. (Me deja sola con él.)

FERN. ¡Perdone usted mi atrevimiento!

CARMEN. Á la verdad, don Fernando, que no puedo ver sin extrañeza...

FERN. ¿Mi imprudente resolucion? ¡Ah, Cármen! No es culpa mia si tengo que valerme de las sombras de la noche para lograr una entrevista, que debió verificarse á la luz del dia y en presencia de todos. ¡Pero despues de lo ocurrido esta tarde, ignoro si tendrá un término el

enojo incomprensible de mi amigo! ¡Quién sabe si me despido de usted por mucho tiempo!... ¡Quién sabe si para siempre!

CARMEN. ¿Para siempre?

FERN. ¡No, no!... ¡Me mataria esa idea! ¡Usted puede borrarla de mi imaginacion...! ¡Usted puede desvanecerla con una palabra de amor!

CARMEN. Amor, felicidad... ¡Calle usted ahora! Cuando estoy rodeada de personas que sufren, no me es lícito pensar en otra dicha que la de consolarlas.

FERN. Tambien deseo yo poner un término á esta situacion angustiosa. Al efecto he determinado pasar la noche oculto en el jardin, dando tiempo á Manuel para que recobre la razon durante estas horas de reposo. ¡Mañana me presentaré á su vista con la primera luz del dia: volveré á pedirle explicaciones acerca de la calumnia que ha minado nuestra amistad; le exigiré que me revele el nombre del calumniador; y si nada alcanzan mis súplicas, si continúa Manuel llenándome de improperios, si me provoca otra vez á un desafio!...

CARMEN. ¿Seria usted capaz de aceptarlo?

FERN. ¡No para atentar contra su vida, sino para entregarle la mia!

CARMEN. ¡Fernando!

FERN. Descuide usted, Carmencita. La cólera de Manuel no puede durar hasta mañana. Me oirá tranquilo, averiguaremos la verdad, y confundiré en su presencia al autor de este embrollo.

CARMEN. ¡Ay de mí!

FERN. ¿Por qué suspira usted?

CARMEN. Porque yo soy quien tiene la culpa del arrebato de Manuel.

FERN. ¿Usted?

CARMEN. ¡Yo le irrité! ¡Yo armé su brazo!

FERN. ¿Usted? ¡Vaya, eso no es creible!

CARMEN. ¡Si, don Fernando! Desde esta tarde lo estoy sintiendo, aunque no me he atrevido á decírselo á mi hermana, por no afligirla mas, y porque me exigió Manuel que guardase el secreto.

FERN. ¡Pero, señor!...

CARMEN. Poco antes de volver usted de su paseo, cometí la imprudencia de enterar á Manuel...

FERN. ¿De qué?

CARMEN. De que usted se habia propasado...

FERN. ¿Á qué?

CARMEN. Cediendo á las sugestiones de Rafaela...

FERN. ¡Comprendo!... ¡El abrazo maldito! Pero si fué...

CARMEN. Lo sé todo. Ya está usted disculpado.

FERN. Y piensa usted que mi amigo por esa broma?...

CARMEN. ¡Oh, se puso furioso!

FERN. ¡Qué niña es usted!

CARMEN. No, pues yo hé de hablarle á Manuel esta misma noche. Quiero que conozca la verdadera interpretacion del suceso, y no peque de ignorancia. ¡Si logro que me preste atencion, imagino que he de ponerle mas suave que un guante!

FERN. Haga usted lo que guste; pero repito que la causa de nuestros disturbios no puede ser la que usted supone con tanta candidez.

RAF. (Bajando apresuradamente al proscenio.) ¡Señorita, señorita!

CARMEN. ¡Rafaela!...

RAF. ¡Ya estan ahí!

FERN. ¿Quién?

RAF. El amo y su tio.

CARMEN. ¡Jesus!

RAF. Han abierto la reja del patio... (Vuelve á la galeria del fondo.)

CARMEN. ¡Váyase usted!

FERN. ¿Sin obtener la ansiada respuesta?...

CARMEN. ¿No ha adivinado usted mis sentimientos?

FERN. ¡Me seria tan grato que usted los expresase de viva voz!

CARMEN. ¡Don Fernando, no hay tiempo para hablar de nuestros amores!

FERN. ¡Oh, dicha!

RAF. (Volviendo á bajar al proscenio.) ¡Que ya suben!

CARMEN. (Á D. Fernando, señalándole la ventana.) ¡Pronto!

FERN. ¡Adios, Cármen mia! (Se oye toser en la galeria.)

RAF. ¡Don Plácido! (Corre á la puerta del fondo.)

CARMEN. ¡Somos perdidos! (Vá con D. Fernando á la ventana.)

ESCENA III.

DICHOS, D. PLACIDO en la puerta del fondo.

RAF. (Á D. Plácido impidiéndole la entrada.) ¡No se puede pasar!
PLAC. (Queriendo asomar la cabeza.) ¿Por qué, muchacha?
RAF. (Empujándole hácia afuera.) ¡No mire usted! (Váse D. Fernando por la ventana.)
PLAC. ¿Pero qué diablos?...
RAF. (Pasando á la galeria y dirigiéndose á D. Plácido en tono confidencial.) Vaya, se lo diré á usted. ¡La señorita Cármen está abrochándose el vestido!...
PLAC. ¡Yo no reparo!...
RAF. ¿Se puede ya, señorita?
CARMEN. ¡Si!
RAF. Entre usted. (Hace una cortesia á D. Plácido, y váse por la izquierda del fondo.)

ESCENA IV.

D. PLÁCIDO, CÁRMEN.

PLAC. (¡Pamemas!)
CARMEN. ¿Era usted?
PLAC. Buenas noches, niña.
CARMEN. ¿Viene usted solo? ¿Y Manuel?
PLAC. Abajo quedó cerrando puertas y dando instrucciones á Alfonso. ¿Y tu hermana?
CARMEN. No ha querido salir de su cuarto. Pero Manuel en el campo, ¿qué ha hecho?
PLAC. ¿Qué quieres tú que haya hecho? ¡Rabiar! ¿Pero qué hace Carlota ahí metida?
CARMEN. ¿Qué quiere usted que haga? ¡Llorar!
PLAC. ¡Válgate Dios!...
CARMEN. Dígame usted, señor don Plácido, ¿no viene Manuel mas tranquilo?
PLAC. Si, lo que es ahora...
CARMEN. (Con alegria.) ¡Ah!
PLAC. ¡Trae en el rostro la expresion de una calma... terrible!
CARMEN. ¡Eso es peor! ¡No me atreveré á hablarle!

PLAC. ¡Hola! ¿Tenias algo mas que decirle?

CARMEN. Si, señor, porque ha de saber usted que yo soy quien le ha puesto en pugna con don Fernando.

PLAC. Cierto que has contribuido bastante...

CARMEN. ¿Lo sabia usted?

PLAC. Si, hija mia.

CARMEN. Pero yo estaba en un error, del cual he salido por fortuna, y quiero que Manuel sepa la verdad.

PLAC. ¿Error dices? ¡Mira no estés ahora en el mas craso!...

CARMEN. ¡No, señor! ¡No, señor! Me consta que si don Fernando pasó por abrazar á Rafaela, fué porque ella le exigió este sacrificio para dar celos á Alfonso, que se distrae demasiado con las zagalas. ¡Créame usted, señor don Plácido, no hubo malicia!

PLAC. Pero ¿qué tiene que ver nada de eso con la desesperacion de mi sobrino?

CARMEN. ¡Cómo! ¿Ignora usted que se puso frenético cuando le conté el caso por encima?

PLAC. ¡Luego en toda tu acusacion te referias al desliz de la fámula!

CARMEN. ¿Pues qué entendió Manuel? ¿Á quién ofendí, á quién perjudiqué sin saberlo?

PLAC. Á nadie, Carmencita, porque tu declaracion estuvo de sobra. Antes y despues de hablar contigo Manuel ha recogido datos luminosos y muy suficientes. En fin, me alegro de que no sepas esta vergonzosa historia.

CARMEN. ¿Conque no era lo que yo pensaba?

PLAC. ¡Ni por asomos! ¿Y tú querias embocarle á Manuel esa relacion? ¡Jesus! ¡Jesus!

CARMEN. Me volveria la espalda.

PLAC. Al contrario: ¡te enseñaria los dientes! ¡Se pondria furioso! ¡Cogeria el cielo con las manos!

CARMEN. ¿De veras?

PLAC. ¡Toma! ¡Para esos cuentecitos está el muchacho! ¡Digo! Si supiera que el otro... ¡Ahí es nada! ¡Desde la estameña hasta el tisú!... ¡Líbrenos Dios de que tal entienda!

CARMEN. ¡Ay, señor don Plácido!

PLAC. Ya estaba yo informado de esa trapisonda que me has referido; pero Manuel no sabe nada, y me guardaré muy bien de ponerle en autos. Yo no sé quién os sopla al oido semejantes ocurrencias! ¡Por fuerza teneis aqui

un diablo familiar!

CARMEN. He desistido de mi propósito.

PLAC. ¡Lástima fuera!...

CARMEN. ¿Hablar á Manuel?... ¡No me siento con valor ni para mirarle á la cara!

PLAC. Pues ya me parece que sube.

CARMEN. ¡Me voy, me voy! (Se encamina á la izquierda, y vuelve de pronto.) ¡Procure usted calmarle!

PLAC. Te lo prometo.

CARMEN. ¡Si usted pudiese lograr que estuviera en su sano juicio al amanecer!...

PLAC. ¡Y antes!

CARMEN. ¡Eso me consuela! Adios, tio.

PLAC. Adios, niña. (Váse Cármen por la puerta primera de la izquierda.)

ESCENA V.

D. MANUEL, por la derecha del fondo. D. PLÁCIDO. El primero al entrar en escena, dirige á su alrededor una mirada recelosa y sombria. Baja con lentitud al proscenio, y se sienta en el confidente. Trae el rostro pálido; el cabello y el traje con algun desaliño. D. Plácido le contempla con expresion compasiva.

MANUEL. ¿Con quién hablaba usted?

PLAC. Con Carmencita.

MANUEL. (Pesaroso.) ¡Huye de mí!

PLAC. (Acercándose poco á poco á D. Manuel.) Se fué por consejo mio.

MANUEL. ¿Teme usted que yo?...

PLAC. ¡Nada de eso! Pero la simple iba á darte un mal rato...

MANUEL. ¿Ella?

PLAC. Queria contarte... ¡Pues! De aquel sujeto...

MANUEL. ¿Qué?

PLAC. Otra gracia, otro primor.

MANUEL. ¿Y usted se opuso?

PLAC. Claro está.

MANUEL. ¿Por qué razon?

PLAC. Hijo mio, ¿no te parece que sabes ya demasiado?

MANUEL. ¡Cierto! (Pausa.)

PLAC. ¡No, mi tarea no es floja, que digamos! Imponer silencio aqui. Parar allí un golpe. Asi y todo, no siempre

doy abasto. ¡Si yo pudiera multiplicarme!...

MANUEL. (Estrechando una mano á su tio.) ¡Gracias!

PLAC. (Conmovido.) ¡Ea! (Separándole el cabello de la frente, con ademan cariñoso.) ¿Cómo te sientes, hijo?

MANUEL. Enteramente dueño de mi corazon.

PLAC. Pues lo dicho. Tú necesitas esparcir el ánimo. Olvidarlo todo... ¡Viajar! ¡Conque mañana, á caballo?

MANUEL. ¿Mañana?

PLAC. ¿Temes acaso que vuelva aqui el amigote?

MANUEL. ¡Nada temo!

PLAC. ¿Volver ese danzante? ¡Buenas trazas tenia de volver! ¡Á Pekin habrá llegado en el primer resuello!

MANUEL. Trataremos del viaje, despues de mi conferencia con Carlota.

PLAC. ¡Cuidado!

MANUEL. ¡Oh!... Ya he dicho á usted que soy dueño de mi corazon.

PLAC. Pues esta tarde...

MANUEL. ¡Esta tarde hubiera ejecutado una venganza! ¡Por eso me apresuré á salir de este recinto! Esta noche no haré mas que dictar una sentencia.

PLAC. ¡Pero, hijo!

MANUEL. No me replique usted. Voy á llamar á Carlota. (Vá á la puerta del fondo.)

PLAC. (¡Siento un escozor!...)

MANUEL. (Llamando.) ¿Rafaela? (Vuelve al proscenio.)

ESCENA VI.

DICHOS, RAFAELA, por la izquierda de la galeria del fondo.

RAF. Mándeme usted.

MANUEL. Di á tu señora que aqui la espero. (Baja Rafaela al proscenio, se acerca á D. Manuel, y le presenta una mano en actitud de pedirle alguna cosa.) ¿Qué quieres?

RAF. (Señalando á la puerta segunda de la izquierda.) ¿He de entrar?

MANUEL. Si.

RAF. Pues déme usted la llave.

MANUEL. (Ah!...) ¿Me la pides á mí?

RAF. Crei que usted...

MANUEL. (Sacando con disimulo la llave de un bolsillo.) (¡Torpeza como la mia!...) ¡Has creido mal! ¡Tú la habrás dejado caer!...

Vaya, ¿qué haces que no la buscas?

RAF. Voy, señor. (Empieza á registrar los muebles.)

MANUEL. (Yendo á dejar la llave sobre el velador y notando que D. Plácido le mira.) ¡Busque usted, tio!

PLAC. (Encogiéndose de hombros y volviendo la espalda.) ¿Yo qué sé?... (Pone D. Manuel la llave sobre el velador.)

RAF. (Observando la accion de D. Manuel.) (¡Ah!...) (Se aparta don Manuel del velador, y Rafaela se acerca á este mueble.)

MANUEL. ¿No parece?

RAF. (Tomando la llave.) ¡Aquí está!

MANUEL. ¿Lo ves? ¡Anda! (Rafaela abre la puerta segunda de la izquierda y váse por la misma.)

PLAC. ¡Que no dure mucho la entrevista!...

MANUEL. Déjeme usted.

PLAC. Voy á arreglar la maleta para el viaje. (Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

MANUEL. Luego CARLOTA, por la puerta segunda de la izquierda.

MANUEL. (Sentándose junto al velador.) ¡Apuremos las heces!...

CARL. (Entrando y dirigiéndose á la derecha con mal humor.) ¡Por fin se ha dignado usted recibirme! ¡Ya era tiempo!

MANUEL. (Volviéndose de cara á su mujer.) ¿Carlota?

CARL. (Mirándole fijamente.) ¡Dios mio, qué semblante!... ¡Oh, tú sigues enfermo! (Se acerca á D. Manuel.) ¿Qué tienes?

MANUEL. Nada.

CARL. (Cogiéndole una mano.) ¡Dime, por Dios, qué tienes!

MANUEL. (Rechazando á Carlota con aspereza.) ¡Ea, quita!

CARL. Manuel, he procurado ante todo informarme de tu salud: mas si esto te enoja, empezaré por pedirte razon de tu conducta.

MANUEL. (Levantándose indignado.) ¿Tú á mí? (Conteniéndose.) Carlota, has venido aqui para responderme, no para preguntarme.

CARL. ¿Y qué significa ese tono? ¿Qué severidad es la tuya? ¿Qué ha pasado en esta casa?

MANUEL. Acabo de decirte...

CARL. ¡Repítelo cien veces!... Nada conseguirás. Necesito que me expliques la desaparicion de Fernando, el asombro de tu tio y la causa del accidente que muy luego te

dejó como sin vida. ¡Oh! ¡Qué terrible recuerdo!... ¡Cada instante me pareció un siglo hasta que abriste los ojos! ¡Mas tú al verme fluctuando entre el temor y la esperanza, con el alma en los labios, á tí mis brazos tendidos, en vez de refugiarte en ellos, huiste de mí y te encerraste en aquel aposento! (Puerta de la derecha.) Poco despues diste órden á los criados para que sacasen de nuestras habitaciones y trasladasen á las de don Plácido, tus ropas, papeles...

MANUEL. ¡Y mis armas tambien! Pero todas han desaparecido; y segun presumo, tú no ignoras su paradero.

CARL. No lo sé.

MANUEL. ¿No lo sabes ó me lo ocultas?

CARL. Lo que tú quieras.

MANUEL. Bien está.

CARL. En fin, Manuel, te ruego que no prolongues mas esta incertidumbre, esta agonia. Si te duele confesar que me ofendiste sin razon, echa toda la culpa al vértigo que has padecido. Yo aceptaré la explicacion que quieras darme, porque el amor verdadero se inclina siempre á la indulgencia.

MANUEL. ¡Ah!... ¿Tú me perdonas, tú me indultas? ¡No me queda mas que oir!

CARL. ¿Vuelves á tus furores? ¿Será imposible que nos entendamos?

MANUEL. Nos entenderemos, Carlota; ¡yo te lo juro! Voy á complacerte, para que en ningun tiempo me acuses de arrebatado y violento. ¿Quieres que disimule mi indignacion? Yo la guardaré en mi pecho. ¿Quieres que domine mis fieros dolores? No exhalaré un ¡ay! siquiera. ¿Pretendes que olvide lo que sé, lo que he visto? Procuraré olvidarlo. Mírame ya tranquilo... impasible... ¡Dispuesto solo á ejecutar la sentencia, que tú misma vas á dictar, Carlota!

CARL. No adivino...

MANUEL. (Llevándola de la mano al confidente.) Siéntate aqui.

CARL. ¿Y tú?

MANUEL. Como siempre, á tu lado. (Toma asiento junto á Carlota.)

CARL. Explícate ya.

MANUEL. Al momento. ¿Ves este papel?

CARL. (Mirando el que Manuel le presenta.) ¡Ah!

MANUEL. ¿Lo reconoces?

CARL. Sí: es un pedazo de la carta que don Fernando me dió para Cármen.

MANUEL. ¿Para Cármen?

CARL. Pues ¿para quién?... ¡Ah! ¡Lo veo todo! ¡Tú has imaginado... (Cúbrese el rostro con las manos.) ¡Ay, desventurada!

MANUEL. Tú lo dices.

CARL. (Llorando.) ¡De mí tan infame sospecha! ¡Manuel, Manuel!... ¡Me has traspasado el corazon!

MANUEL. Te quejas sin motivo.

CARL. ¡Qué bien lo comprendo ahora todo!

MANUEL. No te he negado todavia que este papel haya sido escrito á tu hermana. ¿Te afirmas en ello?

CARL. ¡Oh, sí!

MANUEL. Esta mitad inferior de la carta termina con el nombre de Fernando: supongo que los renglones, que yo no he visto, comenzarán con el de Cármen.

CARL. Sí, Manuel. Lo recuerdo: «Adorada Cármen.» Asi comienza el billete.

MANUEL. ¿Y para caer á tus plantas confundido, será mucho exigir que me presentes esos renglones?

CARL. No los tengo...

MANUEL. ¡Ah! ¿Con que no los tienes?

CARL. ¡Pero vendrá á sacarte de tu error mi hermana! Ella rompió el billete: esto es lo único que me ha dicho, ocultándome la razon que tuvo para romperlo. Mas cuando sepa que de sus explicaciones pende tu tranquilidad y mi honor, no dudo que... (Vá á levantarse.)

MANUEL. (Oponiéndose al intento de Carlota.) ¿Adónde vas?

CARL. ¡Á llamar á Cármen!

MANUEL. ¡No te molestes, Carlota.

CARL. ¿Por qué?

MANUEL. Porque sé todo lo que me dirá esa niña.

CARL. ¿Podrá desmentirme?

MANUEL. ¡Al contrario! Sostendrá que don Fernando la adora. ¿No es esto?

CARL. Si.

MANUEL. Que le ha declarado su amor en esta carta.

CARL. Si.

MANUEL. Que tú misma se la diste de parte de don Fernando.

CARL. Si.

MANUEL. Que el nombre de ella estaba en la primera línea de lo

que se acuerda muy bien por haber leido la carta cien veces.

CARL. ¡Sí, sí!

MANUEL. Que luego la rompió inadvertidamente, ó por un motivo insignificante.

CARL. ¡Dirá todo eso!

MANUEL. Pues á todo eso le contestaré yo con una mirada incrédula y compasiva, volviéndome en seguida á usted para decirle: ¡Señora, la otra mitad de este billete, que tenia usted en su tocador!

CARL. (Levantándose asombrada.) ¡Manuel, tú desvarías!... ¿Qué razon puedes alegar para no dar crédito á mi hermana?

MANUEL. ¡La de habérselo dado esta tarde!

CARL. ¿Esta tarde?

MANUEL. ¡Sí, señora! ¡Antes de que usted pudiese prevenirla!... ¡Antes de que usted la enseñara á mentir!

CARL. ¿Qué estás diciendo?

MANUEL. En tonces brotó de su pecho la verdad, y yo la apuré en sus labios. ¡Ahora que usted ha convertido en cenagoso estanque aquella fuente purísima, en vano pretende que apague allí mi sed.

CARL. ¿Pero Cármen, qué te ha revelado?

MANUEL. ¡Eh! ¡no perdamos mas tiempo!... ¡Pronto, señora; la otra mitad de esta carta!

CARL. (Desesperada.) ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio!... ¡Esto es un lazo abominable!

MANUEL. ¡Carlota!

CARL. ¿Qué te ha dicho Cármen?... En nombre del cielo, ¿qué te ha dicho? (Asiendo fuertemente á D. Manuel.) ¡No he de separarme de tí hasta saber qué te ha dicho Cármen!

MANUEL. ¿No ha adivinado usted ya que Cármen es su acusadora?

CARL. (Retrocediendo espantada.) ¡Ah!... ¿Mi hermana?... ¡Imposible! ¡Imposible! ¡Ella vendrá á decirte que mientes! (Se dirige á la izquierda.)

MANUEL. (Sujetando á Carlota.) Es inútil, señora.

CARL. ¡Quiero verla!... (Zafándose.) ¡Quiero verla! ¡Nos han calumniado, hermana mia! (Váse corriendo por la puerta primera de la izquierda.)

ESCENA VII.

D. MANUEL, luego ALFONSO.

MANUEL. ¡Qué obstinacion!... ¡Y qué arrogancia! Me ha dejado sorprendido. (Pausa.) ¿Tiene el crímen esa mirada? ¿Tiene ese acento? ¡Oh! ¡nuevas confusiones!...

ALF. (Asomando la cabeza por la derecha de la puerta del fondo.) ¿Está solo su merced?

MANUEL. (Volviendo la cara atrás.) ¿No lo ves? ¿Qué hay?

ALF. (Entrando.) Pues con su permiso, venia á contarle una cosa.

MANUEL. No estoy para cuentos.

ALF. Señor, óigame su merced, y despues retuérzame el pescuezo.

MANUEL. ¡Yo!

ALF. Como esta mañana.

MANUEL. ¡Y siempre que traigas chismes!

ALF. ¡Serán chismes, pero su merced echó al militar por la puerta!

MANUEL. ¿Qué sabes tú?....

ALF. ¡Serán chismes, pero el militar se cuela por las ventanas!

MANUEL. ¿Aquí don Fernando? (¡Esto mas, Señor!...) Mira lo que dices!

ALF. ¡La verdad!

MANUEL. ¡Alfonso!...

ALF. ¡Por estas! (Cruza sus manos y las besa.)

MANUEL. (¡Oh!...) ¿Y cómo has podido averiguar?...

ALF. Le diré á su merced; hace poco rato tuve que subir al pajar, y no encontré la escalera en su sitio. Busca por aqui... busca por allí... ¡Dónde vine á hallarla! Arrimada á esa pared, y sirviéndole á un hombre para bajar despacio y quedito de ese boquete.

MANUEL. ¿De este mismo?

ALF. Tenga su merced el gusto de verla.

MANUEL. (Asomándose precipitadamente á la ventana.) ¡Si, aqui está! ¡Aqui está! (¡Y yo, necio, que empecé á dudar!...) Prosigue, Alfonso.

ALF. ¡Tan luego como mi hombre bajó el último peldaño, fué á quitar la escalera; pero no pudo, porque sintió el

ruido que yo hice, abalanzándome... hácia atrás!

MANUEL. ¡Cobarde!

ALF. ¡No he concluido, mi amo! Decia que el compadre de la escalera oyó ruido, y agachando las orejas empezó á escurrirse por entre las matas. ¡Llegó adonde daba la luna, y le conocí perfectísimamente! ¡Era don Fernando! Figúrese su merced la rabia que me daria, al pensar que mientras yo anduve por fuera...

MANUEL. ¡Qué diablo!... Suprime las reflexiones. ¡Al hecho!

ALF. Entonces apreté los dientes, y dije: ¡aqui te quiero, escopeta! ¡Eché mano y le apunté!...

MANUEL. Pues no ha sonado el tiro.

ALF. No tiene nada de particular que su merced no lo haya oido, porque... no he tirado.

MANUEL. ¿Quién te impidió acabar con ese salteador?

ALF. Ha de saber su merced que esta tarde ha desaparecido mi escopeta.

MANUEL. ¡Oh! ¡Tus armas tambien!... ¡Lo sabia, Alfonso, lo sabia!

ALF. Cuando uno está furioso echa mano á lo primero que encuentra.

MANUEL. ¿Y lo primero que tú encontraste?...

ALF. Fué una caña.

MANUEL. (Dándole un empellon.) ¡Imbécil!

ALF. ¡Pues yo le aseguro á su merced, que si como era caña hubiese sido cañon!...

MANUEL. ¡Márchate pronto! ¡No quiero saber que le dejaste escapar! (Le vuelve la espalda.)

ALF. ¿Escapar? ¡Bonito soy yo!

MANUEL. ¡Qué!... ¿Lograste al fin?... ¡Explícate de una vez!

ALF. Pues, como digo, don Fernando tomó por todo lo largo de la huerta, y yo me fuí detrás de él, paso, pasito... ¡y siempre apuntándole! (D. Manuel hace un movimiento de impaciencia.) Cuando llegó al cabo de la tapia vieja, creí que iba á saltarla; pero ¡no señor! Lo que hizo fué torcer á esta mano, y dando una carrerilla por detrás de los camuesos, se metió en el almacen grande.

MANUEL. ¡Allí! Acaba, ¿qué hiciste tú?

ALF. Yo me tumbé en un sulco panza abajo, y arrastrándome como una culebra, llegué á la puerta del almacen. Pegué un salto, trinqué la aldaba y dí dos vueltas á la llave.

MANUEL. ¡Bravo, Alfonso!

ALF. Aqui la tiene su merced.

MANUEL. (Tomando la llave, que saca Alfonso.) ¡Dame! (Poniéndole una mano en un hombro.) ¡Parece que tienes inteligencia!

ALF. ¿Dice su merced que me vaya?

MANUEL. No, espera. (Se dirige á la izquierda mirando la llave.) (El cielo favorece mi venganza!... ¡Ya era tiempo!) (Toma asiento junto al velador, y se pone á escribir.)

ALF. Señor, lo que yo quiero es que su merced le dé un susto gordo á don Fernando, para que no vuelva á meter su hoz en mies ajena.

MANUEL. ¡Silencio! (Sigue escribiendo, dobla luego el papel y le pone un sobre.) Te encargué al subir que me ensillaras el caballo. ¿Lo has hecho?

ALF. Alborotado está con los arreos encima.

MANUEL. Bien. (Concluye de escribir y se levanta.) Toma esta carta, en amaneciendo se la darás á tu señora. El resto de la noche lo pasarás en la galeria. (Alfonso toma el papel y vá á retirarse, pero D. Manuel le detiene cogiéndole un brazo.) Suceda lo que suceda, oigas lo que oigas, no te moverás de allí, ni entregarás ese papel hasta que amanezca. ¿Entiendes?

ALF. Si, señor.

MANUEL. Anda á tu puesto. (Váse Alfonso por la izquierda de la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

D. MANUEL.

¡Le tengo en mi poder; y vive Dios, que ahora no se me ha de escapar como la vez pasada! ¡Fuera de toda ley está el bandido que asalta de noche una alqueria; y sin embargo voy á darle un arma para que se defienda!... (Recordando.) ¡Un arma!... ¿Y dónde la hallaré? ¡Las mias, las suyas, las de Alfonso, todas han sido soterradas ó destruidas por esa mujer pérfida y astuta! ¡Oh, mis pistolas!... ¡Necesito mis pistolas en este instante! (Se encamina hácia la izquierda.) ¡Veremos si se atreve á negármelas Carlota!... (Parándose.) ¡Ya se ha atrevido! ¡En vano pretendo que me dé armas para matar á su amante! ¡Primero se dejaria ella hacer pe-

dazos! (Anda desatentado por la escena.) Si no he de poder castigar á ese hombre inícuo, ¿para qué le ha puesto en mis manos la Providencia?

ESCENA IX.

DICHO, D. PLÁCIDO, por la puerta de la derecha.

PLAC. ¿Tuvo ya efecto la comparecencia de Carlota?

MANUEL. ¡Ah!... Si, señor. (Vá sin cesar de una parte á otra, y Don Plácido le sigue siempre.)

PLAC. ¿Cuál ha sido el resultado? ¿Á que lo adivino? Tú que si, ella que no; tú que es claro, ella que es turbio; muchos reniegos tú, muchos suspiros ella; y un noramala los dos. ¿Fué asi?

MANUEL. Asi fué.

PLAC. Por manera que tendrás hechos los preparativos del viaje.

MANUEL. No todos...

PLAC. ¿Los quieres para mañana?

MANUEL. ¡Para esta noche!

PLAC. ¡Mejor que mejor! ¡Te has convencido ya de que don Fernando no ha pensado volver aqui ni en estampa?

MANUEL. (Parándose un momento y mirando á su tio con lástima) ¡Me he convencido!

PLAC. Lo celebro. En fin, la ausencia lo cura todo, y á la vuelta de quince ó veinte años te encontrarás á tu mujer enteramente cambiada.

MANUEL. Tal creo.

PLAC. Pero, Manuel, ¿tienes azogue en el cuerpo? ¡Me estás mareando! ¿Qué quieres? ¿Qué buscas?

MANUEL. (Parándose delante de su tio.) Busco... ¡Quiero unas pistolas!

PLAC. ¡Alabo tu resolucion! ¡Por estos caminos suele haber rateros!...

MANUEL. ¡Si, señor!

PLAC. Y hombre prevenido nunca fué vencido. Asi, pues, si no encuentras tus pistolas, yo te daré las mias.

MANUEL. ¿Usted?... ¿Será posible? ¡Conque usted trae?... ¡Oh, dicha!

PLAC. En mis viajes siempre me acompañan metidas en un calcetin y encerradas en la maleta.

MANUEL. ¡Vengan al momento!

PLAC. Disponiendo ahora mi equipaje para la marcha, he tropezado con ellas.

MANUEL. ¡Qué fortuna! (Empujando á su tio.) ¡Tráigamelas usted!!

PLAC. En seguida. (Váse por la puerta de la derecha. D. Manuel le acompaña hasta la misma puerta.)

MANUEL. (Mirando hácia la habitacion donde está Carlota.) La justicia no podia carecer de armas!

PLAC. (Volviendo á salir y entregando un par de pistolas á su sobrino. Aqui las tienes.

MANUEL. ¡Ah, gracias, tio!

PLAC. ¡Bah! no hay de qué. Te advierto que estan descargadas, porque yo no las uso de otro modo.

MANUEL. No importa, abajo tengo municiones. Quede usted con Dios.

PLAC. (Deteniéndole.) Mira que en cuanto lo tengas todo prevenido has de subir á avisarme, porque quiero que caminemos juntos hasta Andújar.

MANUEL. Descuide usted... ¡No puedo detenerme ahora!

PLAC. Hasta luego. (Váse por la puerta de la derecha.)

MANUEL. ¡Llegó en el momento de abandonar esta quinta para siempre, dejando al salir huellas de sangre! (Enterneciéndose.) Qué despedida!... (Se dirige involuntariamente á la puerta primera de la izquierda, y antes de llegar se para de improviso y se lleva la mano cerrada al pecho, oprimiéndose el corazon.) ¿Adónde vas? (Vuelve atrás y váse apresuradamente por la derecha de la puerta del fondo.)

ESCENA X.

CARLOTA y CÁRMEN, por la puerta primera de la izquierda.

CARL. ¡Anda, Cármen, anda por Dios!

CARMEN. Por tu gusto salgo, que no por el mio.

CARL. ¡Es indispensable que le digas todo eso á Manuel, que se lo cuentes todo como á mí me lo has contado! ¡De manera que caiga confundido ante el poder irresistible de la verdad!

CARMEN. ¿Cuándo se ha visto infamia semejante? ¡Suponer, hermana mia, que tú!... ¡No podré repetirlo! ¡Tal horror se apodera de mi alma! ¡Y buscas al que huye de tí, solicitas al que te afrenta!... ¡Eh! ¡No le mires á la cara

hasta que venga de rodillas á pedirte perdon.

CARL. ¿Pero cómo quieres que aguarde impasible la hora de su arrepentimiento, cuando me está anunciando el corazon que este error funesto puede de un momento á otro ocasionar una espantosa desgracia?

CARL. ¡Ah! ¡Es cierto!

CARMEN. ¡Si vuelven á encontrarse los dos!...

CARMEN. Carlota mia, haré todo lo que tú me mandes. ¡Busquemos á Manuel!

CARL. ¡Sin dilacion!

CARMEN. Por aqui no está.

CARL. ¿Habrá salido otra vez?

CARMEN. Los criados deben saberlo. (Vá á la puerta segunda de la izquierda.) ¿Rafaela? (Pasa á la puerta del fondo.) ¿Alfonso?

CARL. ¡Nadie responde!

ESCENA XI.

DICHAS, RAFAELA, por la puerta segunda de la izquierda.

RAF. ¿Era á mí, señorita?

CARL. ¿Sabes dónde está tu amo?

RAF. Aqui estaba hace una hora.

CARL. ¡Qué noticia! ¿Y tu marido?

RAF. De mi marido no sé pelo ni hueso.

CARMEN. ¡Pues corre en su busca!

RAF. (Con mal humor.) ¿Yo he de ir?...

CARL. Haz lo que se te manda.

RAF. (En la puerta del fondo.) ¿Alfonso? (Pasa á la galeria.) Digo, ¡dónde se ha tumbado!

CARL. ¿Está ahí?

RAF. Durmiendo sobre el santo suelo: y roncando, que se las pela! ¡Alfonso! ¡Alfonso! ¡Nada: ni á puntillones! ¡Eh, Alfonso, despabílate, que ya es de dia! (Volviendo al proscenio.) ¡Gracias á Dios!

CARMEN. ¿Viene?

RAF. Porque le he dicho que es de dia; que ¡si no!...

ESCENA XII.

DICHAS, ALFONSO por la izquierda de la puerta del fondo, restregándose los ojos y bostezando.

ALF. ¿Dónde está la señora?

CARL. Ven acá.

ALF. Lea su merced esa carta del amo... (Dá á Carlota la que escribió D. Manuel.) Se entiende, ¡si ya es de dia! Si no, guárdela su merced para cuando amanezca. (Váse á la puerta del fondo, y se pone á mirar al cielo.)

CARL. ¿Carta á mí?

CARMEN. ¡Á ver, hermana mia!

CARL. (Rompiendo el sobre.) ¡Yo tiemblo!... (Lee.) «Carlota, »cuando abras este papel, me hallaré muy lejos de tí.» ¡Gran Dios!... «¡Muy lejos!...» ¡Ah, Manuel!... ¡Qué ceguedad tan funesta!...

CARMEN. ¡No es posible! (Quítale la carta á su hermana.)

RAF. (Á Cármen.) ¿Se vá el amo?

CARL. ¡Muy lejos!... No importa: ¡el cielo me dará fuerzas para alcanzarle!

CARMEN. (Deteniendo á Carlota.) ¡Leamos hasta el fin!... «Rescata»da me llevo mi honra: te dejo mi hacienda y mi per»don. Adios para siempre.» (Abrazando á su hermana.) ¡Ah, Carlota mia! ¡Este es el premio de tus virtudes!...

RAF. (Llorando.) ¡Pobre señora!

CARL. Calla, Rafaela... Ahoga tu dolor, hermana... ¡No perdamos tiempo! Alfonso, ¿dónde ha ido tu amo?

ALF. (Bajando al proscenio.) ¡Ahí cerca!... (Mirando de reojo á su mujer.) Á un recado mio.

CARMEN. ¿Qué estás diciendo?

ALF. ¡No hay mas! Fué de mi parte á ver á don Fernando.

CARL. ¿Á ver á don Fernando?... ¡Ay, desventurada!

CARMEN. ¡Hermana mia, salgamos en busca de los dos!

CARL. ¡Al momento! (Se dirigen ambas á la puerta del fondo.)

ALF. ¿Adónde van sus mercedes, si el amo cerró la reja del patio? (Carlota y Cármen vuelven aterradas al proscenio.)

CARMEN. ¿Dices que cerró?...

CARL. ¡No hay esperanza!

RAF. (Á Alfonso.) ¿Conque tú, badulaque, has enviado al amo en busca de don Fernando?

ALF. ¡Yo, si señora!... ¡Yo! (Vuelve la espalda á Rafaela, y se asoma á la ventana.)

CARL. ¡Aquí, hermana mia; aqui encerradas moriremos de desesperacion!

CARMEN. ¡No te abandones á un dolor tan extremado! ¿Puedes imaginar siquiera que Manuel tropiece con don Fernando á estas horas?

CARL. ¡Ah, qué recuerdo! (Llamando.) ¡Alfonso!

ALF. (Quitándose de la ventana.) ¡Mi ama!...

CARL. ¿Cuando se dispuso don Manuel á salir en busca de don Fernando, te pidió armas, ó las llevaba consigo?

ALF. ¡Nada de eso! ¡Si aqui no tratamos de matar á don Fernando!... Basta y sobra con echarle de casa para que no vuelva á hacerle arrumacos á mi mujer.

CARL. ¿Qué estás diciendo?

CARMEN. Lo que yo te he contado, Carlota.

RAF. (Á Alfonso.) ¿Y quién te ha dicho que tu mujer se deja hacer arrumacos de nadie?

ALF. ¡Don Plácido!

RAF. Pues no es de esa manera.

CARMEN. ¡No por cierto!

RAF. Yo soy quien ha dado bromas á don Fernando, para que vea mi marido que no le conviene hacer carantoñas á las zagalas.

ALF. ¿Y quién te ha dicho que tu marido hace carantoñas á nadie?

RAF. ¡Don Plácido!

ALF. ¿Pues cuándo me ha visto hacerlas?

RAF. Ayer mañana, al entrar en casa por primera vez.

ALF. ¿Pero dónde tiene los ojos mi señor don Plácido? ¡Si quien hablaba entonces conmigo era la tia Cernícala, la recovera de Iznajar, que tiene cuatro duros y una peseta de años!

RAF. ¡Ay, Alfonso!

ALF. (En tono de reconvencion.) ¡Ay, Rafaela!...

CARMEN. ¿Ves esto, hermana? Pues aqui tienes el orígen de todos nuestros disgustos. ¡Ojalá se lo hubiera yo explicado á Manuel esta noche!

CARL. ¿Y quién te impidió hacerlo?

CARMEN. ¡Don Plácido!

CARL. Conque es decir, que don Plácido, con su símbolo de paz, (Señalando al ramo de oliva.) ha venido á turbar la

nuestra, conduciéndonos al borde de un precipicio! ¡Ya lo sospechaba yo!

ALF. ¡Ay, mi ama! Si yo hubiera sabido toda esta farándula hace una hora... Créalo su merced: me habria dejado cortar el brazo, antes que dar al amo la llave.

CARL. ¿Qué llave?... ¡Acabad de referirme todas mis desventuras! ¿Qué llave es esa?

ALF. ¡Toma! la del almacen grande, donde encerré á don Fernando.

CARL. (Llevándose asombrada las manos á la cabeza.) ¡Jesus!

RAF. ¡Buena la has hecho!

CARMEN. (Levantando las manos cruzadas.) ¡Ay, Carlota!...

CARL. ¡Dios mio, solo esto me faltaba que saber!

ESCENA XIII.

DICHOS, D. PLÁCIDO por la puerta de la derecha.

PLAC. Mucho tarda Manuel en avisarme...

CARL. ¡Ah, señor don Plácido!

PLAC. ¿Ustedes por aqui?

CARL. (Con ironia amarga.) ¡Ya puede usted cantar victoria!

PLAC. ¿Con qué motivo?

CARMEN. ¡Lo sabemos todo!

PLAC. Eso es decir que mi sobrino les ha anunciado á ustedes su partida. ¡Sufrimiento, Carlota; resignacion! Estas son las consecuencias...

CARL. ¡De sus consejos de usted! ¡Si, porque usted ha expuesto á mi marido á la muerte!

PLAC. Respeto tu dolor.

CARL. ¿Y todavia quién sabe si habrá encontrado armas?

PLAC. En esa parte puedes vivir descuidada.

CARL. (Con esperanza.) ¡No las encontró! ¿Verdad?

PLAC. Al contrario. (Carlota, fuera de sí, agarra á D. Plácido de la mano izquierda: Cármen le coge la derecha. Rafaela pasa al lado de Carlota, y Alfonso se acerca á Cármen.)

CARL. ¿Qué ha dicho usted?

CARMEN. ¿Cómo es eso?

CARL. ¿Manuel llevó armas?

PLAC. Tranquilícense ustedes. Yo le he dado mis pistolas. (Carlota, Cármen, Rafaela y Alfonso huyen de D. Plácido lanzando un grito de terror. La primera cae sin sentido en los brazos de

Rafaela.)

PLAC. ¡Pero, señor!

CARMEN. ¡Qué mónstruo!

RAF. ¡Qué asesino!

ALF. ¡Qué verdugo!

PLAC. ¿Quién? ¿Dónde?

CARMEN. (Dando á D. Plácido la carta de D. Manuel.) ¿No bastaba esto? (Cármen y Alfonso acuden á socorrer á Carlota.)

PLAC. (Con la carta en la mano.) ¿Y qué es esto? (Leyendo.) «Car»lota, cuando abras este papel, estaré muy lejos de tí.» ¡Se ha marchado sin avisarme!... ¡Qué cabeza! Le alcanzaré en un trote. Alfonso, ensilla mi jaca. Voy por el equipaje... ¡Ah! en mi maleta debo tener un pomo de sales. De camino lo traeré para que vuelva de su desmayo la infeliz Carlota. (Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA XIV.

CARLOTA, RAFAELA, CÁRMEN, ALFONSO.

CARMEN. ¡Hermana mia!

RAF. ¡Ya vuelve en sí!

CORMEN. Corre, Alfonso. ¡Deten el brazo de tu amo! Si la reja está cerrada, dá voces... ó salta por un balcon.

ALF. Daré voces. (Váse por la derecha de la puerta del fondo.)

ESCENA XV.

CARLOTA, CÁRMEN, RAFAELA.

CARL. (Suspirando.) ¡Ay!

CARMEN. ¡Carlota!

CARL. ¿Qué ha sido esto?... ¡Manuel... Fernando!... (Acordándose de todo.) ¡Ah! ¡Voy al jardin! (Pugna por desasirse de los brazos de Rafaela y Cármen.) ¡Dejadme!

CARLEN. ¡No, hermana! ¿Qué podemos hacer nosotras? Alfonso ha ido á ver si consigue forzar la reja.

CARL. ¡Ya es tarde!

CARMEN. ¡Pongamos nuestra confianza en Dios!

ESCENA XVI.

DICHAS, ALFONSO por la derecha de la puerta del fondo.

ALF. (Saltando de júbilo.) ¡Viva, viva!
CARL. ¡Alfonso!
CARMEN. ¡Explícate!
ALF. ¡Ahí estan!
CARL. ¿Ellos?
ALF. ¡Abrazados vienen como dos hermanos y corriendo como dos corzos!
RAF. ¿Será cierto?
ALF. Desde ese pretil los he visto.
CARL. ¡Madre de Dios!... ¡Yo no me atrevo á creer tanta felicidad!
CARMEN. ¡Si, Carlota!
ALF. Han abierto la reja del patio, y yo voy á ensillarle al viejo su animalucho para que se largue y nos deje en paz!
RAF. ¡Corre!
ALF. (En la galeria del fondo.) ¡Cátalos aqui! (Váse por la derecha.)
CARL. ¡Vamos!... (Se dirige con Cármen y Rafaela á la puerta del fondo.)

ESCENA XVII.

DICHAS, D. FERNANDO y D. MANUEL, que entran por la derecha de la puerta del fondo, asidos de las manos.

CARL.
CARMEN. } ¡Ah!...
RAF.
MANUEL. ¡Carlota!
CARL. ¡Esposo mio! (Se juntan en medio de la escena, y D. Manuel se arrodilla delante de Carlota.)
MANUEL. ¡Mírame á tus pies avergonzado!
CARL. (Dándole sus manos.) ¡Levanta!...
MANUEL. ¡No, Carlota!... ¡He sido un miserable!... ¡Aqui aguardo mi sentencia!
CARL. Si te perdoné cuando me ofendias, ¿cómo he de castigarte cuando me desagravias? (Levantándole.) ¡Ven á

mis brazos!

MANUEL. ¡Eres un ángel! (Se abrazan.)

FERN. ¿Ha sufrido usted mucho, Carmencita?

CARMEN. ¡Buen susto nos han dado ustedes! (Bajan los cinco al proscenio.)

CARL. ¡Si todo parece un sueño!... Un sueño horrible y tenaz, ahuyentado al fin por la misericordia divina!

MANUEL. ¡Tú lo has dicho! ¡La ocasion, el punto y la manera en que he descubierto la verdad, han sido providenciales!

FERN. ¡Ciertamente!

CARL. ¡Cuéntanos el suceso, para que su memoria quede grabada en nuestros corazones!

CARMEN. Sí, Manuel.

MANUEL. Ya sabeis que abandoné esta mansion querida, saliendo de aqui precipitadamente y en un estado que renuncio á describiros: mas apenas hube pisado el húmedo césped del jardin, cuando los resplandores de la luna, el silenció de la noche y la frescura del aire, de tal manera me impresionaron, que empezó á calmarse la efervescencia de mi pecho, brotando en él nuevas y consoladoras esperanzas! Seguia yo, no obstante, mi camino, sin notar que, entre las hojas secas de las flores arrastradas por el viento, se movia un objeto blanco y muy leve. Á pesar mio comenzaron mis ojos á perseguirle con alguna curiosidad: porque en tanto que las hojas quedaban incrustadas en mis huellas, aquel objeto iba siempre delante de mí revoloteando. Causóme mas extrañeza todavia, cuando al llegar á un recodo del arriate tomó la vuelta precediéndome, y continuó saltando por la menuda arena. Yo entonces bajé lo mano y me apoderé de mi tenaz guia que era un trozo de papel. Observé que contenia algunos renglones, y reconociendo la letra de Fernando, me puse á descifrarlos con avidez. El primero decia asi: «Adorada Cármen...»

CARL. ¡Ah!

MANUEL. ¡Mudo de asombro saqué el pedazo de carta, que cogí de tu tocador, puse en contacto los papeles por el borde rasgado, y viendo su perfecto ajuste, lancé un grito salvaje de alegria, levanté los ojos al cielo, y luego cai en tierra, dando con la frente en el polvo!

FERN. ¡Figúrense ustedes mi alegria al recibirle poco despues en mis brazos! Inmediatamente resolvimos poner término á la angustiosa situacion de toda la familia; y corriendo por el jardin me explicó Manuel su conducta, le conté yo lo que usted, Carmencita, me ha referido esta noche, y vinimos ambos en conocimiento de esta trama infernal.

MANUEL. ¡Si: he adquirido la certidumbre de que vosotras, mi fiel amigo, mis pobres criados y yo, yo el primero, hemos sido juguete de un hombre astuto, de un hombre infame, que habita bajo estos techos!

RAF. ¡Si, señor: don Plácido!

CARL. ¡Calla!

MANUEL. ¡Deja que le nombre, deja que le execre todo el mundo! Cuando yo le vea... ¡Dios me tenga de su mano!

CARL. ¡Don Plácido es mas digno de lástima que de aborrecimiento!

MANUEL. ¡Qué sabes tú!

CARL. Le conozco muy bien: don Plácido labra la desdicha de sus semejantes, creyendo que los colma de beneficios; porque tiene pervertido el entendimiento, no el corazon.

MANUEL. ¡Válgale su intercesora; pero váyase de aqui, para no volver mas! Cuando estemos libres de su presencia, doble será nuestra dicha, concediendo á mi querido Fernando la joya que me ha pedido.

FERN. ¡Si, la mano de mi idolatrada Cármen!

CARL. ¡Yo se la otorgo con júbilo!

MANUEL. (Á D. Fernando.) ¡Tuya es!

CARMEN. Ya lo oye usted. (Dá la mano á su amante.)

FERN. ¡Qué felicidad! Asi que celebremos nuestra boda, nos vamos á Madrid.

CARMEN. ¡Dejar yo á mi hermana!...

CARL. ¡Don Fernando!

MANUEL. ¡Separarse de nosotros!... ¿Por qué?

FERN. Bien quisiera vivir á tu lado, pero...

MANUEL. Explícate.

FERN. Interrumpida una vez nuestra amistad, temo...

MANUEL. ¡No digas mas! ¿Piensas que abrigo en mi corazon alguna sospecha?... ¡Qué mal me juzgas! Fernando, abraza á mi mujer. (D. Fernando y Carlota estrechan las manos de D. Manuel.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, D. PLÁCIDO por la puerta de la derecha, con maleta y alforjas.

PLAC. Pues señor, no encuentro el pomo de las sales... ¡Mas qué veo!...

MANUEL. (Á D. Fernando.) Abrázala: sois hermanos.

FERN. (Abrazando á Carlota.) ¡Ese título me envanece!

PLAC. (Cogiendo á D. Manuel de un brazo, y señalándole el grupo que forman Carlota y D. Fernando.) ¡En tus barbas!

MANUEL. (Furioso.) ¡Señor tio, ó señor Lucifer!... (Carlota, Cármen y D. Fernando contienen y aplacan á D. Manuel.)

CARL. ¡Manuel, me has dado tu palabra!

PLAC. ¿Insultos, amenazas á mí?

CARMEN. Huya usted de estos malvados, y no se meta en mas averiguaciones.

PLAC. ¿Malvados les dices?...

CARL. ¿No soy yo una mujer perjura?

RAF. ¿Y yo una muchacha desvergonzada?

FERN. ¿Y yo un envenenador?

PLAC. Todo es cierto, mas sin embargo...

MANUEL. (En ademan de acometer á D. Plácido.) ¿Cómo que es cierto?

FERN. (Deteniendo á su amigo.) ¡Manuel!

PLAC. ¡Qué trasformacion!

CARL. (Sacando el ramo de oliva del jarron donde estaba colocado, y poniéndolo en manos de D. Plácido.) Señor don Plácido, la oliva es símbolo de paz: pero hay manos tan desventuradas, que hasta del árbol de Minerva forjan puñales. Devuelvo á usted el que nos ha regalado, que no es por cierto de los menos agudos.

PLAC. ¡Lo comprendo todo! ¡Habeis hecho las paces, y sacrificais á vuestro pacificador!

FERN. ¿Usted supone?...

PLAC. ¡Oh! esto me sucede con harta frecuencia, y nunca me quejo: porque yo hago el bien desinteresadamente. ¡Decid cuanto querais!... Que reinaba entre vosotros la mas perfecta concordia... Que por culpa mia ha estado á punto de ocurrir una desgracia irreparable... Que yo he sido la serpiente de este paraiso... ¡Decid todo eso y mucho mas! ¡Cubridme de abominaciones! ¡No me importa, hijos mios, no me importa! Sois ya

venturosos: ¡hé ahí mi deseo, mi obra y mi recompensa! ¡Adios!

MANUEL. (Cogiendo á su tio de un brazo.) ¡Venga usted acá! ¡No quiero que se vaya usted creyendo á pié juntillas las patrañas que ha soñado! Para que no levante usted mas caramillos, sepa que don Fernando se casa...

PLAC. (Interrumpiéndole asombrado.) ¿En vida tuya?

MANUEL. (Soltando á D. Plácido, y volviéndole la espalda.) ¡Este hombre es incorregible! (D. Fernando, Carlota, Cármen y Rafaela se rien á carcajadas.)

PLAC. ¿Á qué viene esa risa?

CARL. Ya se lo diremos por escrito; porque de palabra no hay medio de averiguarse con usted.

PLAC. ¿Conque soy yo intratable?

FERN. Señor don Plácido, lo dicho, dicho.

ESCENA XIX.

DICHOS, ALFONSO por la derecha de la puerta del fondo. Comienza á amanecer.

ALF. Y la jaca á la puerta.

PLAC. Me alegro. (Despidiéndose.) ¡Sed felices, á pesar de todo! Vamos á montar. (Váse por la derecha del fondo.)

ALF. Y yo á tener el estribo. (Váse detrás de D. Plácido.)

RAF. Y yo á darle las bridas. (Váse detrás de Alfonso.)

MANUEL. Y vosotras, dulces prendas de mi corazon, venid conmigo á saludar en el jardin la aurora de este dia, rindiendo gracias á la Providencia por habernos enseñado, con el ejemplo de mi tio, que los ruines pensamientos nunca engendran acciones honradas.

FIN DE LA COMEDIA.

Sevilla.	F. Alvarez.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarifa.	J. Moriano Piñero.
Tarragona.	M. Sol.
Tarrasa.	P. Viñas.
Teruel.	J. Soriano.
Toledo.	J. Hernandez.
Tolosa.	F. Artola.
Tordesillas.	C. Gutierrez Matallana.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Tortosa.	M. Bes Hediger.
Torrevieja.	A. Vela.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Utrera.	J. Ramos.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	C. Treviño.
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valdepeñas.	A. Garcia Fernandez.
Valladolid.	D. Jover.
Valls.	R. Voltas y Moragas.
Velez Blanco.	A. Fernandez Rubio.
Velez Málaga.	E. Casamayor.
Velez Rubio.	A. Fernandez Rubio.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villafrca. del Panadés	M. Reguart.
Villafranca de los Barros.	M. Martinez.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Villaro.	T. Astuy.
Villena.	J. Muñoz Ferris.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Virero.	F. Salgueiro.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	M. Conde.
Zaragoza.	M. Diaz.

La Administracion se halla establecida en la calle de Calderon de la Barca, número 4.

CATALOGO

DE LAS OBRAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

ZARZUELAS (1).

DE UN ACTO.

Armas iguales L.
Cegar para ver, L.
Compromisos del no ver, M.
Criados de confianza, L. y M.
Donde las dan las toman, L. y M.
El estreno de una artista, L.
El Grumete, L.
El Niño, M.
El Vizconde, M.
Entre mi mujer y el primo, M.
Estafeta de amor, L. y M.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cabaña, L. y M.
La pastora de la Alcarria, M.
Los dos ciegos, M.
Los herederos, M.
Mentir á tiempo, L.
Peluquero y Marqués, L. y M.
Por conquista, M.
Un Caballero particular, M.
Una tempestad en América, L. y M.
Un primo, M.
Un rival del otro mundo, M.
Sinfonía concertante sobre motivos de zarzuelas para orquesta y banda, M.

DE DOS ACTOS.

Bethy, L. y M.
De la muerte á la vida, M.
El Bachiller, M.
El galan de noche, L.
El Marqués de Caravaca, L. y M.
El robo de las Sabinas, L. y M.
El tio Caniyitas, L.
Entre mi mujer y el negro, M.
La abuela, L. M.
Llamada y tropa, L.
Todos locos, L. y M.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

Amar sin conocer, M.
Azon Vizconti, L.
D. Crispin y la Comadre, L. y M.
D. Procópio, L. y M.
D. Quijote de la Mancha, M.
El ángel bueno, M.
El Castillo Maldito, M.
El diablo en el poder, M.
El hijo del Regimiento, L.
El Planeta Venus, L.
El Relámpago, M.
El Sargento Federico, M.
El secreto de una dama, M.
El tio Pilili, L.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, L.
Fra-Diávolo, L. y M.
Galanteos en Venecia, M.
Genaro el Gondolero, L. y M.
Jugar con fuego, L. y M.
La cacería real, L.
La Cantinera de los Alpes, L. y M.
La Cisterna encantada, L.
La Espada de Bernardo, M.
La loca de Edimburgo, L. y M.
La Maga, L. y M.
La Perla, M.
Las dos coronas, L.
La Sirena, L. y M.
La tabernera de Lóndres, L.
Los Diamantes de la Corona, M.
Los Expósitos, L. y M.
Los Mosqueteros de la Reina L. y M.
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, M.
Un procónsul, M.
Un tesoro escondido, L. y M.

DRAMAS Y COMEDIAS.

DE UN ACTO.

Al que no está hecho á braga ...
Amores volcáuicos.
Bodas ocultas.
Cada oveja con su pareja. (*Primera parte.*)
Cada oveja con su pareja (*Seg. parte.*)
Caprichos del corazon.
El Colmado del Puerto.
El Diamante negro.
El suicida.
Flujo y reflujo.
La Esperanza de dos mundos, loa.
La Marquesita.
Pepita.
Plaza sitiada...
Sobrinos que dá el demonio.
Soleá la Trianera.
Suegra, marido y rival.
Un hablador sempiterno.

EN DOS ACTOS.

Las colegialas son colegiales.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

¡A escape!
Andujar.
Cada oveja con su pareja.
Deudas pagadas.
El Angel custodio.
El artista vale mas.
El ausente en el lugar.
El Médico de la aldea.
El paraiso perdido.
El ramo de oliva.
Hija y madre.
Historia de una carta.
La aurora de la fortuna.
La bola de nieve.
La bondad sin la experiencia.
¡La buena alhaja!
La loca del Guadalquivir.
La locura de amor.
La Rica hembra.
La rosa y el pensamiento.
Las Biografías.
Lo positivo.
Padre y Rey.
Miserias de la aldea.
¿Para el corazon no hay ley?
¡Por ella!
Préstamos sobre la honra.
¿Quién es él?
Un duelo a muerte.
Virginia.

(1) De las obras que van marcadas con las iniciales L. ó M, pertenece solo á esta Administracion la música ó libreto, y las que llevan L. y M, corresponden á la misma por completo.